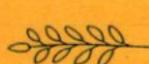
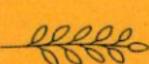


Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

III CERTAMEN LITERARIO
DE NARRATIVA BREVE

 Biblioteca UCA 

LIBRO DE BIENVENIDA



UCA

Universidad
de Cádiz

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

III CERTAMEN LITERARIO
DE NARRATIVA BREVE
BIBLIOTECA UCA

LIBRO DE BIENVENIDA

Editorial  UCA

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca : III Certamen Literario de Narrativa Breve Biblioteca UCA : libro de bienvenida. – Cádiz : Universidad de Cádiz, Editorial UCA, D.L. 2015. - 102 p. ; 18 cm.

D.L.: CA-252-2015

1. Cuentos españoles-S.XXI I. Universidad de Cádiz, Editorial UCA 860-3“20”

ecoedición  

Tinta sin metales pesados y papeles procedentes de una gestión forestal sostenible

Impacto ambiental	Agotamiento de recursos fósiles	Huella de carbono
del proceso de impresión	0,04 kg petróleo eq	0,15 Kg CO ₂ eq
por 100 g de periódico	0,04 kg petróleo eq	0,23 Kg CO ₂ eq
% modo de sostenibilidad	1,6 %	0,52 %


JUNTA DE ANDALUCÍA
Instituto Andaluz de Gestión y Marketing
reg. n.º 2015/79
Más información en www.ecoedicion.es

 **MIXTO**
Papel procedente de fuentes responsables
FSC® C103817
www.fsc.org

© Biblioteca de la Universidad de Cádiz, 2015

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2015

© De cada capítulo su autor

Edita: Editorial UCA

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

C/ Doctor Marañón, 3 - 11002 Cádiz (España)

servicio.uca.es/publicaciones

publicaciones@uca.es

Depósito Legal: CA 252-2015

Coordinación de la edición y revisión de los relatos: Ana Bocanegra Valle

Motivo de interior: Miguel Álvarez Delgado

Maquetación e impresión: Tórculo Andalucía

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»


UNIÓN DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS ESPAÑOLAS

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

ÍNDICE

Presentación del Rector	9
Salutación de la Presidenta del Consejo Social	11
David Hernández Ortega	
Estación de sueños	13
Pedro Delgado Pérez	
Otros también comenzaron así	35
Paula Sánchez Conejero	
El viaje	55
Clara Caballero de las Olivas Díaz	
Tu luz	71
Miguel Ángel Gordo García de Robles	
La chica del cuaderno verde	87

PRIMER PREMIO

David Hernández Ortega. *Grado en Filología Hispánica*

SEGUNDO PREMIO

Pedro Delgado Pérez. *Doctorado en Ingeniería y Arquitectura*

TERCER PREMIO

Paula Sánchez Conejero. *Doble Grado en Estudios Franceses e Ingleses*

ACCÉSITS, en orden alfabético

Clara Caballero de las Olivas Díaz. *Grado en Medicina*

Miguel Ángel Gordo García de Robles. *Grado en Historia*

El jurado del III Certamen de Narrativa Breve «Biblioteca UCA» ha estado formado por los siguientes miembros:

Presidenta

Ana Alonso Lorente. *Presidenta del Consejo Social de la UCA*

Vicepresidenta

Ana Bocanegra Valle. *Profesora Titular de Universidad del Área de Filología Inglesa y Directora del Servicio de Publicaciones de la UCA*

Vocales

Ricardo Chamorro Rodríguez. *Director del Área de Biblioteca y Archivo de la UCA*

Elena López Torres. *Escritora, Doctora en Filología Inglesa, Profesora Titular de la UCA (jubilada)*

M^a Carmen Orcero Domínguez. *Escritora, Licenciada en Historia y Máster en Archivística*

Pilar Castro Virlán. *Gestora del Departamento de Física Aplicada de la UCA*

Ricardo Carrero Galofré. *Coordinador del Comité de Responsabilidad Social del Área de Biblioteca y Archivo*

Secretaría y custodia documental

Guillermo Ruiz Domínguez. *Técnico especialista de la Biblioteca de la UCA*

En algún lugar de un libro
hay una frase esperándonos
para darle sentido a la existencia

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Presentación del Rector

Estimada alumna, estimado alumno:

Desde hace años la Universidad de Cádiz da la bienvenida a sus nuevos alumnos y alumnas con un libro. Es algo más que un gesto. Es una firme declaración de principios de lo que somos y de lo que hacemos. Toda obra impresa es depositaria y transmisora de conocimiento, dos de los objetivos claves implícitos en cualquier institución universitaria. A finales de 2014 quedaba aprobado el II Plan Estratégico de la UCA, en cuya misión queda recogida esta responsabilidad como una prioridad esencial en la labor de nuestra universidad.

Tienes, por tanto, en tus manos un libro especial. Y lo es, también, porque los textos que figuran en sus páginas reflejan la implicación de su alumnado ya que contiene cinco relatos escritos por los propios estudiantes de la Universidad de Cádiz, premiados en el III Certamen Literario de Narrativa Breve «Biblioteca UCA», una iniciativa promovida desde la Biblioteca de la UCA

en coordinación con nuestro Servicio de Publicaciones, la colaboración del Consejo Social de la UCA y la contribución de Quorum Libros.

Leer y escribir traspasa los límites del pensamiento. La lectura y la escritura representan dos inquietudes intelectuales que fortalecen nuestro saber, complementan nuestras experiencias y alimentan nuestro espíritu crítico frente a la realidad envolvente y cambiante que nos rodea.

Espero que disfrutes con su lectura. En los relatos breves que contiene el presente el libro se describe la vida en la universidad. Cinco historias en las que, seguro, te verás reflejado en los próximos años, pues están contadas por estudiantes como tú, con sus expectativas, ilusiones, responsabilidades e incertidumbres. Una obra plural que es resultado de la creatividad y la experiencia, de la motivación y el discernimiento, del trabajo de quienes firman los relatos, pero también de las personas que organizan y promueven este Certamen.

Espero que la sensibilidad literaria de estos jóvenes escritores de nuestra universidad sean un acicate y una invitación en tu recién estrenada condición de universitario. Acabas de iniciar un camino para seguir con tu formación y de elegir a la Universidad de Cádiz como institución donde alcanzar tus expectativas académicas. Gracias por la confianza. Estoy convencido de que estos años serán cruciales en tu cualificación personal y profesional y de que en la UCA vamos a poner todos los medios para que alcances el mejor futuro que quieres para ti.

Un abrazo,

EDUARDO GONZÁLEZ MAZO
Rector Magfco. de la Universidad de Cádiz

Salutación de la Presidenta del Consejo Social

Estimada alumna y estimado alumno:

El libro que sostienes en tus manos es fruto de un esfuerzo común, de un trabajo en equipo coordinado desde el Vicerrectorado de Responsabilidad Social, Extensión Universitaria y Servicios, y llevado a cabo por el Área de Biblioteca y Archivo de nuestra universidad y el Servicio de Publicaciones de la UCA y que, un año más ha contado con el apoyo y el patrocinio del Consejo Social de la UCA que tengo en honra presidir, y en nombre del cual quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que han hecho posible su creación y edición.

Este ejemplar reúne los relatos ganadores del III Certamen Literario de Narrativa Breve que puedo asegurar, como presidenta del jurado, han sido muy difíciles de seleccionar. La calidad y creatividad de los cuarenta trabajos presentados han sido muy elevadas y el número de obras pone de manifiesto el interés, empuje, entu-

siasmo, acción, pasión y compromiso de los alumnos y alumnas que se han sumado a esta iniciativa, y que han doblado en participación la edición anterior.

Este certamen sitúa a la UCA como referente de las grandes bibliotecas universitarias de nuestro país, algo de lo que tenemos que sentirnos orgullosos. Nuestro Consejo Social, que es vuestro Consejo Social, estará apoyando esta iniciativa porque la sociedad a la que nos debemos, a la que se debe la universidad, también necesita de estímulos artísticos, creativos e innovadores. Los nuevos alumnos y alumnas que se matriculen en la UCA recibirán un ejemplar de este libro porque creemos que es una excelente manera de darles la bienvenida a nuestra comunidad universitaria.

Deseo, por último, agradecer la labor de mis compañeros del jurado: Ana Bocanegra Valle, Ricardo Chamorro Rodríguez, Elena López Torres, Pilar Castro Virlán, Carmen Orcero Domínguez, Ricardo Carrero Galofré y Guillermo Ruíz Domínguez.

Ahora que iniciáis una etapa crucial en vuestra vida, incorporándoos al seno de la Universidad de Cádiz, desde el Consejo Social os deseamos mucha suerte y os aportamos esta dosis de inspiración en forma de trabajos literarios de jóvenes universitarios como vosotros.

Un abrazo,

ANA ALONSO LORENTE

Presidenta

Consejo Social de la Universidad de Cádiz

Estación de sueños

David Hernández Ortega

Entonces Leo despertó. Despertó sin el recuerdo de haberse quedado dormido, aunque sí con la vaga idea de que debía encontrarse aún en la biblioteca de la que pronto sería su facultad. Recordaba levemente el tacto del libro en sus manos, su despedida al salir de casa aquella tarde, el silencioso murmullo del pasar de las páginas en cada mesa. Aquello parecía plausible, lógico incluso, pero una extraña sensación de incomodidad le sugería insistentemente que algo no encajaba. Como una especie de picor en el cerebro que no conseguía rascarse.

Eran los días previos a los exámenes de selectividad, y llevaba unas semanas sometido a un estrés considerable. ¿Era posible entonces que se hubiera desmayado encima de la mesa? Pero no; eso no ex-

plicaba cómo podían estar apagadas las luces y desierta la biblioteca. Quizás fuera tarde, pero no tan tarde como para que allí no quedara nadie. Y era del todo imposible que hubieran cerrado las puertas con él dentro... ¿verdad?

—¿Hola? Creo que me quedé... eh... dormido en la mesa —dijo en voz alta, evitando el fugaz sonrojo con la apremiante necesidad de saber qué estaba ocurriendo—. ¿Hola? ¿Queda alguien aquí?

De hecho, todo indicaba que no. Que no quedaban más que los muros y los centenares, y miles, de libros allí almacenados. La biblioteca parecía mucho más grande de lo que la recordaba hacía tan solo unos momentos. Como si esta hubiera dado un estirón después de un resfriado, en una sola noche. Dolores de crecimiento. Parecía crecer y palpitar a su alrededor como un ser vivo, salvaje e indómito.

Decidió avanzar unos pasos y escrutar en profundidad el entorno que le rodeaba.

Una negrura titilante ondeaba en el aire como una luz hecha de sombras, danzante y sugerente, que se escurría entre las estanterías y las mesas ahora desiertas con un aspecto primitivo y oculto. La calidez de la escasa luz que se derramaba escapándose por las paredes reflejaba un brillo ocre, casi anaranjado, que recordaba al de una antigua cueva, de aquellas que contaron entre sus paredes con más pinturas rupestres que pensamientos formados.

—¿Hola?

Las filas de libros se desplegaban a lo largo de la cavernosa sala como los dientes de una inmensa boca enfundada en tapa. Y parecía sonreír. Leo casi podía palpar la magia que envolvía aquel enorme espacio, una magia física, real, muy alejada de los baúles con doble fondo y los conejos que duermen en chisteras. Aquel aire era completamente distinto al que se respiraba en el resto de edificios de la facultad, quizás, se dijo a sí mismo, por la alta concentración de celulosa en el aire.

Leo creía estar solo, pero rápidamente dejó de creerlo: una figura alargada, delgada como el papel, emergió con elegancia directamente de la oscuridad al final del pasillo.

El primer impulso de Leo fue retroceder, pero un segundo pensamiento le hizo rectificar y concluir que aquello no tendría ningún sentido; simplemente se había quedado dormido en la biblioteca. No iba a pasarle nada.

—Soy Lucien, el bibliotecario —pronunció con una delicadeza de trueno aquel hombre una vez se situó frente a él. Su voz parecía contener en cada palabra la calma previa a la tormenta, un rasgar de rayo y viento, contenido, pero expectante.

Leo permaneció un par de segundos callado, estudiando atentamente aquella esbelta figura que vestía grácilmente con levita y pantalón negro. No iba a la moda, desde luego. Al menos a ninguna que no llevara varios siglos muerta.

—¿Bibliotecario?

–Sí, así es –contestó.

–Disculpa, pero yo no recuerdo haberte visto nunca por la biblioteca...

–Y yo te he dicho que soy el bibliotecario, pero no necesariamente el de tu biblioteca.

–Ah, entiendo –contestó Leo pese a no comprenderlo en absoluto.

Lucien percibió la confusión suspendida sobre la cabeza del chico como una pequeña nube negra y sonrió de manera imperceptible.

–¿Y tú...?

–Leo.

–Me parece francamente bien, maravilloso, de hecho. Pero te preguntaba por tu nombre.

–No, no; que me llamo Leo. Bueno, en realidad me llamo Leonardo, pero nadie me llama así. Solo mi madre. Y cuando lo hace, no suele ser buena señal...

–Entiendo –contestó cortés Lucien–. Encantado de conocerte, Leo.

–Eh... sí, igualmente –respondió atorado el joven–. Oye, no quisiera ser brusco, pero es que me he quedado... traspuesto, mientras estudiaba, y se me ha hecho tardísimo. En mi casa estarán preguntándose dónde ando.

Lucien enarcó una suspicaz ceja.

–Vaya. Pensaba que habías dicho a tus padres que pasarías la noche estudiando fuera.

–Bueno, sí, pero no les... –comenzó Leo antes de interrumpirse a sí mismo y mirar con recelo al bibliotecario—. Un momento. ¿Cómo sabes tú eso?

Lucien sostuvo impasible la mirada del joven sin hacer gesto alguno, con una actitud que no podía interpretarse de ninguna otra manera más que como calma absoluta.

–Déjame contestarte con otra pregunta: ¿qué labores crees tú que realiza un bibliotecario?

Leo suspiró.

–No, en serio, tengo que irme. Ahora mismo no puedo...

–... volver a casa –completó Lucien con un brillo especial en sus ojos.

–¿Cómo dices?

–Estás mucho más lejos de tu casa de lo que imaginas, joven. Para ser exactos, a mundos de distancia.

–Pero, yo...

Lucien alzó las manos en un gesto conciliador que sin embargo no dejaba lugar a dudas respecto a su autoridad. Leo mantuvo silencio.

A un leve gesto de Lucien, mientras este alzaba suavemente las manos en dirección al techo abovedado, las luces fueron haciéndose más y más brillantes incrementando su luminosidad, adquiriendo diferentes tonalidades con miles de reflejos de colores estridentes que fluían de un rincón a otro de la enorme estancia.

Ahora Leo veía por primera vez exactamente donde se encontraba.

La biblioteca parecía haberse transformado en todas las bibliotecas del mundo, del universo, e incluso de la creación. Aquello era un nexo de realidades, un portal, una ventana comunicada con cada una de las dimensiones alternativas y posibles que alguna vez habían existido o existirían. Diferentes páginas de un mismo libro que reescribía una y otra vez su final. Cada pasillo parecía conectarse con uno de estos mundos, dejando ver a través de su portal la realidad que encerraba tras de sí.

Allí estaba un mundo en el que los libros parecían hechos de agua, con las letras fluyendo entre las láminas tornasoladas de agua marina en las que se derramaban salpicando las palabras, dando pequeños saltos de una página a otra cuando eran leídas. Allí estaba el mundo de los hombres-letra, en el que las historias vivían, crecían y morían como seres vivos, siendo leídas a medida que transcurría su vida a través de sus actos. Allí también las grandes luces de los primeros libros, seres-dioses, primigenios de la creación, que dieron luz a todas las historias que habrían de venir, incluyendo la suya propia. Allí una realidad en la que los libros eran quemados y cada hombre tomaba el nombre y la identidad de un ejemplar que hubiera memorizado. Allí unos, allí otros, todos cabalgando a lomos de la entropía, en una perfecta comunión con el infinito.

—Tiene que ser un sueño. Seguro. Estoy soñando.

—Sí... y no.

Leo se quedó mirando a Lucien por primera vez, como cuando alguien ve algo de pasada sin reparar verdaderamente en ello hasta que se da perfecta cuenta de qué está mirando exactamente en realidad. Su figura ya no parecía conservar una forma precisamente humana, ni siquiera antropoide, e incluso daba la impresión de que hubiera crecido de tamaño, desdibujándose en el horizonte de su silueta como un ente hecho de energía.

—Estás en el reino de Sueño, pero no estás soñando. No exactamente. Has venido aquí como invitado de mi señor. Y como te dije antes, yo soy Lucien, de los siete soles, el encargado de la biblioteca del sueño.

—¿La biblioteca del sueño?

—Sí, Sueño. Morfeo, Hipnos, el Hombre de Arena... como los humanos prefieran llamarlo, pues mi señor ha tenido muchos nombres a lo largo de las eras, y son muchas las historias que se han contado sobre él —aprobó Lucien con suficiencia—. Y entre todas las maravillas bajo su mando, mi señor Morfeo posee la mayor biblioteca que haya existido jamás. Toda página escrita, pensada, o soñada alguna vez, descansa en estas estanterías esperando el final de los tiempos.

El muchacho sopesó durante un buen rato las palabras de su interlocutor, tratando de entender su significado.

—Entonces... ¿estoy en un sueño... pero no estoy soñando?

—Podrías decirlo así, sí. Has conseguido entrar en el reino del sueño, pero lo has hecho a través de una... puerta trasera, como tú podrías llamarla. No estás realmente dormido; tampoco despierto. Has usado otra vía; la que los grandes místicos de tu era empleaban hace siglos para alcanzar conocimientos que les estaban vedados. Revelaciones, epifanías, obras, sueños premonitorios, augurios... No solemos ver ya a muchos como tú por aquí. El ser humano ha perdido casi completamente su capacidad para reflexionar, para desligarse de la carne que lo aprisiona. Para soñar —concluyó Lucien—. Yo culpo a Internet. Y a la MTV.

Leo rió por primera vez de buena gana, olvidando buena parte de su desazón al hacerlo.

—Pues creo que no soy inocente de ninguno de los cargos.

—Puede que seas la excepción —contestó Lucien— pero en algo debías estar pensando con mayor intensidad de la usual; de la que muchos hayan empleado nunca. Algo que haya precisado de toda tu atención, ordenando las ondas de tu cerebro hasta que han alcanzado una armonía perfecta, como las olas de un mar en calma, situándote entre la vigilia y el sueño.

—Bueno, puede. No sé...

—Vamos —apremió Lucien— estabas pensando en algo. Es importante que lo recuerdes.

—Sí... —dudó Leo antes de contestar—. Sí. Estaba pensando... pensaba... en qué sentido tiene todo esto.

—¿Esto?

—Sí, ya sabes —contestó Leo—. Es esta sociedad, mi sociedad, y las personas que la forman. Las cosas que deberían importar son las que hemos olvidado. No sé exactamente por qué ni cómo hemos llegado a esto, pero... tampoco sé qué sentido tiene estudiar hoy en día. Especialmente en mi caso...

—¿Y tu propuesta para cambiar la situación que describes es dejar tu formación? —preguntó Lucien levantando nuevamente la misma ceja inquisidora—. ¿De qué serviría eso exactamente?

Leo metió ambas manos en sus respectivos bolsillos. No se sentía del todo cómodo hablando sobre sí mismo, y menos cuando concernía a alguna cuestión sobre la que aún no estaba completamente seguro. Pero había algo en la voz de aquel ser que persuadía, casi exigía, a ser complacida.

—No lo sé. Siempre soñé con ir a la universidad; con ser un gran escritor, pero... no sé si hay lugar para un sueño así en la sociedad que me ha tocado vivir. Quizás lo que hago, lo que quiero hacer, no sirva para nada —respondió Leo con desgana—. Una vez acabé el instituto creí que las dudas se disipa-

rían, que a partir de aquí todo sería más fácil, pero no lo es, no lo es en absoluto.

Lucien dio un par de pasos en círculo alrededor de las grandes mesas centrales en las que descansaban toda clase de objetos imposibles, desde peceras llenas de extrañas luces que transitaban entre sí parpadeando en lo que parecían pequeños microcosmos, hasta diminutas e intrincadas construcciones de coral de uso incierto.

—¿Cómo podría algo no servir para nada? —repuso el bibliotecario contrariado—. Todo tiene un propósito. Los humanos tenéis una forma realmente curiosa de expresaros...

—Los humanos no hablan de sí mismos como si ellos no lo fueran —repuso Leo cambiando de tema—. Así que... ¿qué eres tú exactamente?

Lucien se ajustó los anteojos que descansaban sobre su alargada nariz.

—Como ya te he dicho antes, no todo es absoluto. Soy humano, o lo fui, y soy más que humano. La humanidad me conoció durante un tiempo como Zenódoto de Éfeso. En Inglaterra fui Thomas Bodley. He tenido varios nombres.

—Zenódoto de Éfeso... —repitió Leo tratando de recordar— Zenódoto... ¿El primer bibliotecario de Alejandría?!

Lucien asintió.

—Una hermosa biblioteca, sí. La conservamos aquí de forma íntegra, por cierto. Fue una de mis largas estancias entre vosotros, pero no la última.

Por eso, como te explicaba, el sueño tiene muchos rostros. Muchos. Y todos somos una parte, mayor o menor, de él –prosiguió–. Tú por ejemplo, no eres el único Leo que existe. Ven, sígueme, te lo mostraré.

Avanzaron por los pasillos plagados de imágenes de otra vida, de reflejos y promesas, hasta llegar al centro de uno de los inmensos pabellones que conformaban la biblioteca. En él se encontraba una inmensa fuente esculpida en piedra y plata, con su pie firmemente custodiado por una gruesa raíz negra que serpenteaba a su alrededor. Y en su cáliz, la superficie clara y cristalina del agua, semejante a un enorme espejo.

–Esto es un nexo entre realidades, una ventana a las infinitas posibilidades de la creación. Es antigua, caprichosa, pero eficaz. Cuando alguien se mira en sus aguas, ve todo lo que ha sido y será, y lo que es más importante: todo lo que no fue, ni será. Exige un alto desarrollo sensorial; por eso no permitimos que cualquiera acceda a ella. Así que espero que entiendas que esto, como tú, es una excepción –concluyó Lucien–. Acércate por favor; las imágenes pasarán velozmente, y no querrás perder detalle.

Leo obedeció sin decir una sola palabra. Una vez estuvo frente a las aguas, la superficie de estas se agitaron con rítmicas y pausadas ondas.

–Bien –comenzó Lucien–. Ahí estás.

Una sucesión vertiginosa de imágenes y apariciones desfiló ante los ojos de Leo, como una película sin fin que llevara toda una vida rodándose, mientras Lucien relataba lo que se mostraba en cada una de ellas como improvisado narrador.

En una Leo había dejado la universidad y había encontrado un trabajo mal pagado que no le hacía feliz en absoluto. En otra terminaba sus estudios y se convertía en un gran escritor que vagaba por el mundo en busca de historias, saltando de un lugar a otro, sin estabilidad ni el deseo de llegar a tenerla. En otro era un gigante erudito entre una raza de enanos belicosos que le arrojaban libros, en aquel otro un intelecto de energía pura sin un cuerpo que lo retuviera, en el siguiente el encargado de un supermercado de especias astrales, deportista de élite en carreras de lectura, artesano de pensamiento, escultor de luz...

—... y en ese otro mundo eres solo un personaje de ficción que un autor escribe, mientras teclea las próximas palabras que vas a decir.

—¡Eh! Yo digo lo que quiero y cuando... —se interrumpió Leo, al escuchar el leve eco de un teclado provenir de la propia fuente—. Esto... esto es una locura.

Lucien rodeó la fuente con pasos premeditadamente pausados y graves.

—No tienes que asimilarlo todo ahora, joven Leo. Muchas, la mayoría de estas revelaciones, desaparecerán de tu mente una vez vuelvas a tu mundo;

no tiene sentido que intentes retenerlas. No pienses; siente. Quédate solo con los sentimientos. Es cuanto retendrás –continuó–. En cuanto al resto; algunas cosas te parecerán un leve recuerdo, como si las hubieras soñado. Como algo que le pasó a otra persona. Y solo una certeza se quedará en tu cabeza cuando regreses; la de la decisión que tomes ahora. Es cuanto puedes llevarte dentro de ti.

Leo no respondió inmediatamente. Empezaba a no sentirse tan extraño como se sintiera al principio en el mundo del sueño, pero aún había ciertas cosas que escapaban a su lógica.

–Pero... lo que no acabo de comprender por encima de toda esta locura, lo que me parece completamente increíble, es: ¿qué importancia puede tener que yo estudie o no una carrera como para que me vea en toda esta charada onírica? –explotó Leo.

–Si lo planteas así; ninguna. Pero eso es solo porque no haces las preguntas adecuadas –objetó Lucien indicándole con la mano que volvieran al pabellón anterior–. El mundo que te rodea, y su necesidad o no de sueños, de historias, de escritores, quizás sea una cuestión mucho más importante de lo que piensas.

Leo avanzó un par de pasos, despidiéndose con el rabillo del ojo de todos los yo almacenados en la fuente.

–Antes de seguir y responder a tus preguntas, ¿puedo ofrecerte algún refrigerio? –dijo con suavi-

dad el bibliotecario del sueño—. Tenemos agua de luna, algo de pan del corazón de una supernova, y... cóctel de gambas.

—¿Las gambas son mágicas? ¿Cantan, brillan o algo? —respondió Leo sarcástico—. No, gracias, no tengo hambre.

Lucien pasó por alto el comentario irónico de su joven invitado.

—Bien, como prefieras.

El bibliotecario tomó asiento en un impresionante sillón tallado en una sola pieza de madera imposiblemente oscura, que recordaba más al elemento orgánico del que provenía que al producto manufacturado en que siempre acababa convertido. Estaba envuelta en un cojín de satén rojo que oscilaba elevándose como el fuego, dibujando extrañas formas alrededor de la figura de Lucien.

—Hay algo común a mi señor y al resto de sus hermanos y hermanas. Algo que está presente en todos sus reinos, no importa de cual hablemos, y en el plano de esta realidad, en las elevadas dimensiones de los que se llaman a sí mismos dioses y no recuerdan por quién ni cuando fueron creados, y en la vida de todos y cada uno de los seres vivos —prosiguió—. Y son las historias. Todos, no importa cual, necesitan que sus historias sean contadas para seguir existiendo. El universo necesita recordar, y necesita a quienes recuerdan, para seguir creciendo.

—Ya veo —contestó quedamente el joven.

—Me refiero a que donde tú ves un sueño imposible en un mundo desalentador, con el tono cansado de quien da por hecho algo dolorosamente físico que ha estado ahí para él toda su vida, bien puede ser otra cosa. Universidad, estudios, formación, pueden ser sinónimos de oportunidad, cambio, desafío. Esperanza. La esperanza de ser una mejor versión de ti mismo. Y no hablo del estatus social o del beneficio económico al que tanta importancia dais siempre en contra de las propias aptitudes de un individuo. No importa lo que te digan. Hablo del centro mismo de tu ser. De llegar a conocerte a ti mismo. De la realización, de la consecución de un objetivo. Como una joven estrella que nace y se forma en el seno del universo. El potencial que guarda dentro de ella, aún está oculto. Pero no es solo una posibilidad, sino una responsabilidad que adquiere para consigo misma. Si sientes que debes ser escritor, aunque todo te fuera opuesto, no deberías renunciar a ti mismo.

Leo agachó la cabeza, no por vergüenza o incomodidad, sino porque era demasiada información como para asimilarla con una rapidez que sería a todas luces inadecuada.

Había viajado mucho desde que dejara la mesa de la biblioteca en la que intentaba estudiar mientras reflexionaba sobre su futuro inmediato. Pese a que el tiempo trascurría a ritmo normal, parecía haber pasado años en compañía de su particular Virgilio.

–No sé qué responder a eso...

–No hace falta que digas nada, no ahora –negó con una ligera sonrisa Lucien–. Solo que escuches con atención lo que hay dentro de ti. Contémplate. Sé sincero. Y llegado el momento, si eres fiel a ti mismo, elijas lo que elijas, nunca te equivocarás.

Leo caminó hasta una de las inmensas banquetas que reposaban junto a las interminables estanterías repletas de libros y se desplomó en ella.

–Parece que uno nunca deja de aprender...

–La vida está llena de victorias fugaces –completó Lucien, posando una mano en el hombro del joven.

–Bonita frase –concedió Leo–. ¿Es tuya?

–En realidad no. Es una frase de uno de nuestros poetas. Jamás la escribió, pero como te dije antes, aquí llegan todos los libros de la creación; incluso los que jamás se escribieron. Hay cosas realmente interesantes en la imprenta del sueño.

–¿Puedo leer alguno?

–Claro. Pero recuerda que olvidarás casi todo lo que aquí veas, escuches, o sí, leas. A no ser... que dentro de un tiempo seas capaz de recrearlo contando tus propias historias.

Leo y Lucien sonrieron al unísono.

Y justo en ese momento, Sueño se hizo carne delante de ellos.

Parecía hecho de noche, ataviado con ropas negras que no se sabía si caían o se alzaban, si iban o venían. Crepitaban a su alrededor como un ser vivo,

cubriendo su pálida piel de una textura pétreo pero delicada, hasta el punto de que parecía esculpido en mármol. Sin embargo, todo él destilaba una sensación de irrealidad, de abstracción, como la imagen etérea de un recuerdo del pasado. Una extraña paradoja física, que aunaba lo mejor de dos mundos bajo una enorme melena azabache. Pero por encima de todo, lo que más llamó la atención del joven Leo es que resultaba completamente imposible verle los ojos, ocultos bajo una eterna sombra. Solo se intuía un brillo oculto al fondo de los mismos, semejantes a dos estrellas negras.

Sueño habló.

–Bienvenido a mi reino, Leonardo.

El joven tardó unos segundos en contestar, y cuando lo hizo, no pudo evitar tartamudear.

–En... en realidad todos me llaman...

–Lo sé –contestó Sueño por toda respuesta–. Lucien, yo velaré por nuestro invitado a partir de aquí –dijo dirigiéndose hacia el bibliotecario, quien asintió.

–Por supuesto, señor –contestó este con un gesto amable–. Os deseo un feliz viaje y una pronta visita, joven Leo.

El joven estudiante sonrió tímidamente asintiendo, mientras alzaba su mano en señal de despedida. Había llegado a tomarle cariño al bibliotecario, y le apenaba continuar su visita sin él. Tanto como le intimidaba el señor del sueño.

—No te preocupes; volverás a verle. Y no tienes nada que temer de mí —dijo Morfeo como si pudiera leerle la mente—. Ven, pasea conmigo por los jardines del sueño.

Leo sintió como si el suelo se deslizara bajo sus pies replegándose, y cuando se dio cuenta, estaba paseando junto a Sueño por unos inmensos jardines de formas indescriptibles, donde el vergel era tan vivido y las especies de plantas tan exóticas y coloridas, que cada paso significaba una nueva maravilla. Un cielo pintado de universo, repleto de estrellas, planetas y constelaciones, coronaba los jardines, abriéndose ante ellos como la flor que dio comienzo a la creación.

—Creo que tenías una pregunta que hacerme —anunció repentinamente el rey del sueño rompiendo el silencio.

Leo se detuvo junto a él, azorado, pero esta vez no vaciló..

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó con firmeza—. ¿Cómo puede ser tan importante para vosotros, para todo, algo tan trivial como mi futuro?

—Ningún hombre es una isla —contestó enigmático Morfeo—. Siempre me ha gustado esa frase. Pero no es lo que quieres escuchar. Se precisa una historia. Pues bien —continuó solemne—, te contaré una historia.

Y sin más, el rey del sueño comenzó su relato:

Ergos era un poeta tejedor de la quinta luna de Urdrill, que evitó una gran guerra en su mundo. Su vida hasta entonces era plácida y satisfecha; construía canciones que dedicaba a la tenue estrella del alba, formaba poemas que una vez cobraban vida perfumaban la corte de artesanos, y rimaba ante sus semejantes cada vez que uno de ellos transmutaba su energía pasando a un estado superior. Pero, un día que ya pocos recuerdan, Urdrill estalló en guerra. Una guerra de ideas, de sensaciones y sentimientos, pues el pueblo de Urdrill era tan avanzado que no necesitaba del conflicto físico para batallar. La contienda conoció la ferocidad desde su mismo comienzo, y las pérdidas no se hicieron esperar. Pero entonces Ergos se posicionó entre ambas facciones y comenzó a recitar su arte. Seguramente, si no hubiera bebido de los versos de cristal más allá del tiempo, ni tejido durante años el hilo de la memoria, si no hubiera recitado a la noche y rogado al día por una pizca más de talento que le permitiera sublimar su arte, no hubiera podido hacerlo. Su voz fluyó como música, envolviendo a cada ser, cada elemento, cada pedazo de cuanto significaba Urdrill, conciliándolo consigo mismo y con los demás, haciéndolo parte de un todo. Encontró de esta forma el equilibrio natural del planeta y sus habitantes. Y así, un simple poeta evitó toda una guerra.

Leo escuchaba las palabras del rey del sueño absolutamente absorto. Morfeo era el mejor narrador que él había escuchado, ni escucharía nunca, y sus palabras parecían adentrarse directamente en el interior de su ser sin asomarse a las ventanas de sus sentidos.

–Puede que haya una lección en esas palabras –dijo entonces el rey del sueño– pero es una lección que te corresponde a ti decidir y valorar.

El joven, pensativo, no respondió.

Siguieron caminando por los jardines del sueño durante lo que a Leo se le antojaron años, descubriendo una maravilla inimaginable tras otra sin cruzar palabra, hasta que Morfeo se detuvo frente a un horizonte infinito y de formas cambiantes, donde parecía acabar el cielo abovedado sobre ellos.

–Creo que es hora de que regreses –dijo con suavidad con esa voz que no parecía usar las palabras para impulsarse–. Si permanecieras demasiado tiempo aquí podrías quedar anclado en el reino del sueño y no volver a despertar.

Asintió Leo, como si siempre lo hubiera sabido y no tuviera ninguna duda sobre ello.

–Las estrellas –dijo mirando al cielo tras de sí–. Nunca me había dado cuenta de cuánto me gusta mirarlas. Son tan brillantes...

Morfeco simplemente asintió.

–Hay mucho que forma parte de nosotros, y que no somos capaces de ver hasta alcanzar la perspectiva adecuada –dijo únicamente.

La noche caía y se alzaba alrededor de ellos como un ovillo bajo los anhelos de un pequeño felino, deshilachándose por las costuras del pensamiento del joven invitado.

–Agradezco que me hayáis invitado a vuestros dominios, rey del sueño –dijo Leo con una firmeza

y cortesía que parecían emanar de alguna parte de su interior.

Morfeo asintió respondiendo al gesto.

—Y seréis siempre bienvenido a regresar, joven Leonardo —contestó—. Vivid una buena y larga vida, pues esta es lo que transcurre entre sueño y sueño. Y quizás algún día, recordéis lo suficiente de este encuentro como para poder contarlo e inspirar a otros.

Leonardo sonrió, y a su alrededor el reino del sueño pareció expandirse y licuarse en un millón de partículas de noche viajando a través del aire y el tiempo, girando sobre él, mientras las palabras de Lucien, sus estudios, los incontables volúmenes de la biblioteca del sueño, el anhelo de la escritura, los eternos jardines de palacio, su futuro, y las oscuras estrellas de los ojos de Morfeo, lo envolvían como la noche eterna y brillante que rompe justo antes de despuntar el alba.

Entonces, Leo despertó.

Otros también comenzaron así

Pedro Delgado Pérez

Las lágrimas inundaron los ojos de Sebas. Lágrimas repletas de impotencia, pero que en el fondo enmascaraban la vergüenza que ardía en su pecho. ¿Cómo decir a sus padres que no iba a aprobar el porcentaje necesario de asignaturas para obtener una beca el próximo año? Una beca que necesitaba taxativamente para continuar sus estudios, habida la situación en su hogar. Desde hacía tres días, y dado su nulo progreso, se había concienciado de que no había marcha atrás: tendría que dejar la carrera. «Si al menos no hubiera padecido aquella inoportuna neumonía que me dejó fuera de juego durante varias semanas, a lo mejor habría tenido una oportunidad», se lamentó en silencio. Pero prepararse aquella descomunal asignatura por su cuenta, para después aprobarla, se le antojaba una

tarea utópica. Tras casi dos semanas en la biblioteca con aquel monstruoso libro no solo no había conseguido comprender el temario, sino que cada número ya se tornaba ante sus ojos como un símbolo de una civilización antigua y cada ecuación como un auténtico jeroglífico egipcio.

Su primer año en la universidad, «y probablemente el último» —pensó afligido—, no estaba siendo ni mucho menos como había imaginado. No había fraguado amistad con sus compañeros, y sus profesores le parecían entes distantes a los que temía por la nota que en un futuro le habrían de poner, sobre todo a Don Ignacio con aquella maldita asignatura llamada «Métodos numéricos». Y para rematar la faena su confianza caía en picado a cada paso que daba por los pasillos de su facultad, fríos como témpanos de hielo para él ante tal panorama. De pronto dejó a un lado las invectivas al sentirse observado y, antes de que la primera lágrima se deslizara por su mejilla, se levantó de su asiento cerrando con furia el endemoniado libro. Acto seguido salió de la biblioteca para tomar el aire que en aquellos momentos le faltaba.

* * *

Efectivamente, Bruno estaba analizando a Sebas desde el otro extremo de la mesa de la biblioteca, la cual ambos habían compartido durante las dos últimas semanas. Cada día, de manera rutinaria,

él se sentaba en el primer banco de aquella mesa y, minutos después, Sebas llegaba y se ubicaba justo en el asiento del final, de manera teledirigida y como si de dos imanes del mismo signo que se repelen se tratase. Y sí, una voz interior le decía a Bruno que ambos eran del mismo signo, que había algo que les unía como si entre ellos existiese un cable transparente que les enlazaba inefablemente, pero se percibía de manera tangible. No sabía por qué pero había algo en aquel chico que definitivamente lo conectaba con su pasado. Quizás fuese la constancia, acaso su soledad... o el simple hecho de saber que el mismo libro que aquel muchacho cogía con cara compungida cada mañana había también sido su más temido amigo hacía unos años. Ese libro llamado *La enciclopedia de los métodos numéricos*, o como sus compañeros denominaban, *La enciclopedia de los métodos diabólicos*, parecía ser el potro de tortura de aquel alumno si se atendía a sus gestos y muecas durante aquellos días.

No obstante, aquella curiosa rutina y aquella original conexión, que sin duda también eran fomentadas por la inenarrable atmósfera en la biblioteca de su facultad, tocaban ya a su fin. Seguramente era uno de los últimos días que estaría en aquella biblioteca como un alumno más, y pudo palpar la nostalgia, la comezón que produce el paso del tiempo. Cuando aquel chico se levantó al borde del llanto sintió ganas de llamarle y de ofrecerle su mano como un íntimo amigo, un gesto que diera un

buen colofón a aquellos días de incansable trabajo. Pero su desmedida timidez impidió que ni el más mínimo sonido se propagase desde su garganta.

* * *

Sebas volvió a su asiento, más calmado que antes. Una calma que emanaba de la más profunda resignación. Contempló con alivio que aquel alumno junto al que se había sentado cada mañana se había marchado. No quería que le viera así, aunque había una contradicción en su interior: «¿Y a mí qué más me da lo que él piense?». Sin embargo, sabía que en su interior se había fraguado un extraño nexo con aquel desconocido, pero que a la vez había sido curiosamente lo más cercano a un amigo que había tenido aquel curso. Es por ello por lo que, por impulso, se sentaba en la misma mesa que él cada mañana. Sin pensarlo dos veces Sebas apiló sus folios y los introdujo de forma descuidada en su carpeta y seguidamente en su mochila. Al ir a recoger los bolis sus ojos se detuvieron en un borde irregular que sobresalía del libro que tanto le atormentaba. Con un sentimiento de culpabilidad se apresuró a abrirlo por la página que con seguridad habría quedado maltrecha al cerrarlo con tanta fuerza. Pero no se trataba de una hoja de la enciclopedia, sino de un fragmento de papel que parecía haber sido arrancado de un cuaderno descuidadamente y sin miramientos, e introducido en el libro subrepticia-

mente. Tomó aquel pedazo entre sus manos y, entornando los ojos, leyó en voz baja lo que aparecía escrito con bolígrafo en él:

¡Tú puedes! ¡Otros también comenzaron así!

Abrió súbitamente los ojos y miró en todas las direcciones en busca de alguien que estuviera examinándole. Lógicamente no halló a nadie; montones de libros a su espalda y frente a él en las estanterías. A su lado... a su lado ya no se encontraba aquel enigmático muchacho. Releyó aquellas sugestivas palabras varias veces hasta que sintió renacer algo en lo más recóndito de su ser. Era la primera vez en varios días que no experimentaba esa atroz soledad que le perseguía, paradójicamente sin tener a nadie a su alrededor. Inhaló aire profundamente, impregnándose del sublime olor de los libros, y casi mecánicamente, como cada mañana, extrajo la carpeta de su mochila.

* * *

Tres años después...

Acomodado en la silla frente a su escritorio, y minutos antes de ir hacia la clase, Bruno no pudo dejar de echar la vista atrás. Se transportó varios años en el tiempo hasta verse a sí mismo el primer día de clase, su graduación tras finalizar la carrera, aquellas largas horas en la biblioteca entre libros, y aquel día en que una fuerza desconocida le llevó a emprender el hercúleo camino hacia la realización

de la tesis doctoral. También evocó la alegría que le produjo saber que su investigación sería apoyada con una beca de investigación, que cambió sus días de estudio en la biblioteca por días de investigación en su despacho de la facultad.

Algo alteró de repente aquella calma chicha, como una ráfaga de viento que se llevase otra vez lejos sus recuerdos y con la misma prontitud trajese de nuevo a su cuerpo ciertos temores que deseaba dejar ocultos; aquella introversión, aquel hermetismo eran parte de su personalidad y Bruno esperaba poder dominarlos para poder gozar lo que tanto había esperado. Gracias a su beca, aquel año, tercero de la misma, podría dar sus primeras clases en la Universidad de Cádiz, la misma donde había cursado sus estudios universitarios. Tan solo pensarlo le impresionaba. Absorto andaba en estos pensamientos cuando fijó sus ojos en la hora del portátil y se sorprendió de lo veloz que había pasado el tiempo. Recogió sus bártulos a prisa, cerró su despacho, no sin cierta dificultad por la agitación, y se dirigió pasillo adelante hasta que su figura se perdió en el horizonte, momentos antes de entrar en el aula en la que comenzaría a impartir sus primeras horas de clase.

* * *

La voz de Bruno temblaba. Los nervios le engullían, parecían entes con vida propia que pelea-

ban por hacerse un hueco al exterior a través de sus ojos hinchados, sus manos sudorosas y piernas trémulas. Dar clases en la universidad imponía de por sí, pero comenzar en una asignatura de cuarto curso era algo con lo que no había contado; aquellos ya no eran los despistados alumnos que entraban el primer año y ante los que cometer un leve descuido podía pasar desapercibido. No, aquellos chicos y chicas ya no eran unos críos ni mucho menos, y habían llegado hasta allí por méritos propios y buscando un aprendizaje nuevo cada día.

Como tantas otras veces Bruno había hecho por mor de su timidez, recurrió a un recurso que le permitiera sacudirse por unos instantes la presión: asió el rotulador y se dio la vuelta para escribir su nombre en la pizarra. Su letra no resultó temblona como cabría esperar, y es que se tomó su tiempo para trazar su nombre a fin de recuperarse y volver la cara hacia los presentes con fortaleza renovada. Para tratar de ganar en confianza se imaginó a sí mismo como aquellos conferenciantes que demuestran tal seguridad en público y consiguen meterse en el bolsillo a los oyentes con su sola presencia. Pero entonces la realidad se vengó de él por la infidelidad de tales sueños con un evidente gallo que emitió al hablar y que le devolvió al mismo estado de intranquilidad anterior.

Comprendió que quedarse parado era el peor de sus enemigos en aquel momento, así que decidió moverse a través del pasillo, entre los alumnos. El

silencio era sepulcral y las miradas clavadas en él cortaban como cuchillos. Parecían como jueces a la espera de un error, de una muestra de debilidad para darle la sentencia.

Al pasar por el lado de la cuarta fila de alumnos observó cómo, desde la mesa de la derecha, se resbalaba un pedazo de papel. Bruno vio el cielo abierto para parar, agacharse un instante y sentirse durante unos segundos a salvo de la pesada piedra que pendía sobre su cabeza. En el tiempo que empleó para ello no pudo dejar de curiosear aquel papel de bordes desiguales, que no pasaba desapercibido ni a su vista ni tampoco a su tacto. Solo había unas cuantas palabras escritas, abarcables con la mirada de una sola vez:

¡Tú puedes! ¡Otros también comenzaron así!

Y, muy chiquitito, con otra letra y color de bolígrafo, se podía leer un escueto «Gracias». Entonces una chispa se encendió dentro de él y recordó de manera vívida aquel papel.

* * *

Sebas vio entrar en la clase de forma precipitada al que sería su profesor en aquella asignatura. Tan atropellada fue su aparición que, a primera vista, no reconoció al que antaño había sido su compañero de mesa de biblioteca. Solo instantes después pudo reconocerle y, aún atolondrado, solo atinó a decir en voz baja: «Aquel alum... aquel alumno, ¿era

profesor?». Jimena y Emilio, ahora sus mejores amigos, le miraron de súbito con el ceño fruncido y, al unísono, profirieron un largo y entonado «¿Queeé?». Aún con la boca abierta, Sebas se limitó a negar levemente con la cabeza. En ese preciso momento el profesor comenzó a hablar, aunque para él fuese difícil atender a sus palabras.

Sebas salió de su ensimismamiento cuando advirtió que el profesor anotaba su nombre en la pizarra. Antes de que terminara de escribirlo una idea furtiva cruzó por su mente. Se inclinó hacia atrás para sacar la cartera de su bolsillo y, una vez en posesión, rebuscó con ansia en ella, tanto que se le escurrieron la tarjeta del bus y su carnet hasta caer al suelo. Pero no le importó lo más absoluto: allí estaba, junto a su tarjeta de la biblioteca. El papel que con tanto cariño había guardado y que en tantas ocasiones le había salvado de despeñarse por el precipicio. Lo desplegó y lo miró atentamente. Entonces levantó la mirada y la fijó inquisitivamente en la pizarra. Volvió a clavar los ojos en el papel y seguidamente en la pizarra. «El mismo trazo. ¡Es él, lo sabía! ¡Por fin le pongo nombre! Bruno...».

Y entonces se dio cuenta de algo muy importante. Aquellos profesores que durante mucho tiempo había considerado tan lejanos, como murellas infranqueables, se presentaban ahora ante sus ojos como semejantes, quizás como ángeles que le habían guardado todo aquel tiempo y no le habían dejado sumirse en las profundidades de la debilidad

humana. Y a pesar del tiempo que había transcurrido, le volvía a mirar en la distancia y seguía sintiendo aquella mística conexión. Le vio frágil, un espejo de sí mismo. Entonces percibió que Bruno se acercaba por el pasillo e, impulsivamente, hizo patinar por el pupitre el papel que tenía entre las manos hasta que cayó frente a los pies de su profesor.

* * *

Bruno se irguió rápidamente y contempló el rostro de aquel chico que, en un gesto rápido, le arrebató el papel y le dijo de forma sincera: «Gracias». Un «Gracias» que contenía la misma gratitud que aquél que Sebas, dos días después de leer el trozo de papel por primera vez, había escrito justo debajo de aquellas inspiradoras palabras casi sin darse cuenta.

Bruno sacó una inmediata conclusión de aquella inesperada situación: ver a aquel chico allí... ¡Era un triunfo! Era su triunfo. Recordó lo unido que se había sentido a él durante aquellos días y fue consciente de las dificultades que habría tenido que superar hasta llegar al último curso. ¡Justo como él! Estar allí era su propio triunfo. ¡Solo le quedaba disfrutarlo!

De pronto se percató de que todo el mundo seguía expectante a que prosiguiera su discurso y se

apresuró a continuar. Ahora sí, su voz se proyectó de otra manera...

* * *

Sebas bajó las escaleras de su facultad, una de las últimas veces probablemente tras cuatro años haciéndolo a diario. Acababa de encargar su título en la secretaría y, mientras descendía, comenzó a sentir el cosquilleo cuasi lógico de quien finaliza una etapa y se contempla a sí mismo ante el abismo de un futuro incierto. Sintió que, en cualquier caso, ese momento requería una pequeña celebración. Se acercó a la máquina expendedora de refrescos, fue a sacar una moneda y de pronto vio un papel medio arrugado. Automáticamente guardó la moneda que había cogido y supo lo que debía hacer antes de ofrecerse su íntima y particular recompensa por haber logrado sus objetivos.

* * *

Veintidós años después...

Julián estaba hecho un manojo de nervios aquel día. Su padre recaló en ello y se ofreció con vehemencia para acompañarle y mostrarle la facultad donde, con suerte, pasaría los próximos cuatro años de arduo pero también de reconfortante trabajo. Y aunque los nervios fuesen el motivo por el que amparar a su hijo aquel día en el que se matricularía

en la carrera, su insistencia germinaba de una razón muy distinta. Sin que hubiese interferido en su decisión, Julián había decidido estudiar lo mismo que él. Desde el mismo momento en que su muchacho le informó de ello, deseaba en secreto volver a recorrer los pasillos de la facultad que durante una época había sido su segunda casa.

Padre e hijo exploraron juntos cada una de las esquinas del edificio. A pesar de estar compartiendo en aquel momento la misma vivencia, el sentimiento de ambos era bien distinto, aunque iguales en cuanto a contraste. El padre constataba cómo nada en aquel lugar había cambiado, pero a la vez era incapaz de reconocerse a sí mismo, ya que los chavales con los que se cruzaba no tenían nada que ver con los de su etapa tantos años atrás, tales eran sus atuendos y la forma en la que simplemente se movían. El hijo, por su parte, vio disminuir sus nervios a medida que comprobaba que muchos de los chicos también andaban un tanto perdidos como él, si bien después vio crecer en su interior un incesante agobio al escuchar las historias de su padre y la efusión con la que relataba sus andanzas cuando él contaba con su misma edad. Lo que menos deseaba era defraudarle y se cuestionó si su decisión habría sido acertada.

Para finalizar su visita Julián se vio conducido hasta la biblioteca, concretamente hacia un estante que su padre escudriñó, mas por su cara de frustración, aparentemente sin lograr su meta.

—¿Qué buscas papá? —preguntó Julián un poco extrañado por aquella actitud.

—Solo era un libro que en su día... Bah, da igual. Solo quería mostrártelo porque puede que algún día necesites acudir a él en la asignatura Métodos... ¡Pero qué digo! Hace más de 25 años de aquello. ¡Pues no han cambiado los planes de estudio ni nada! Volvamos a casa.

* * *

El curso avanzaba y la zozobra se apoderaba del ánimo de Julián a cada día que transcurría. «Jamás pensé que esto sería tan complicado». No le iba bien en casi ninguna de las asignaturas, pero él era un luchador y tan solo la idea de decepcionar a su padre le hacía seguir adelante y buscar maneras de medrar en el curso. En la bibliografía recomendada de una de las asignaturas se encontraba la referencia del libro que su padre buscaba en la biblioteca el día de su matriculación, aunque el nombre de la asignatura difiriese, posiblemente por la evolución del plan de estudios. Para asegurarse de la disponibilidad del libro en biblioteca, al final de la clase se acercó a su profesor:

—Perdone Bruno, ¿*La enciclopedia de los métodos numéricos* está en la biblioteca? Hace poco lo busqué, pero no conseguí hallarlo.

La mente de Bruno voló hacia el pasado antes de proveer una respuesta a su alumno. Trajo a la

memoria aquel día en el que le comunicaron que Don Ignacio tomaría una jubilación anticipada por problemas de salud y que, a partir de ese momento, él se haría cargo de la asignatura que durante tantos años había comandado.

Rememoró el temor que le produjo el solo pensar en enfrentarse nuevamente a aquel diabólico libro y, además, con tan poco tiempo para prepararse las clases. Por suerte, Don Ignacio le ayudó con ello y le avisó de la existencia de una segunda edición del libro muy remozada. Bruno lo solicitó a biblioteca sin demora y, para su sosiego, la nueva versión estuvo a su disposición en muy pocos días. Revisó el libro con avidez junto a su antiguo profesor, comparándolo con la primera edición que este conservaba en el despacho que pronto abandonaría. Aquel nuevo libro le ayudó enormemente a estar listo al comienzo del curso, y una vez satisfecho con su preparación, lo devolvió a la biblioteca para que pudiese ser consultado por sus alumnos.

—*La enciclopedia de los métodos dia... numéricos*, perdón, ha cambiado, ya que este año se ha adquirido otra edición, con ejemplos mucho más detallados. De hecho, es muy probable que seas el primer alumno que vaya a hacer uso de ese libro —expresó con satisfacción.

—¿Es el libro que me recomiendas mirar entonces?

—Sí, por supuesto.

—Gracias —dijo Julián sin mucho ánimo.

Bruno, que captó el abatimiento de aquel muchacho, quiso darle unas palabras de aliento antes de que se marchase:

—Ya verás. Seguro que te ayudará.

* * *

Julián localizó el libro que necesitaba justo donde su padre había estado rebuscando aquella vez que ambos estuvieron en la biblioteca. Pero claro, él tenía la imagen de un libro con el lomo de color negro y esta nueva edición tenía las tapas de color turquesa. Lo agarró con decisión y se sentó en la mesa frente al estante en el que el libro descansaba a lo largo del año. Estuvo buena parte de la tarde imbuido en el mismo, clavados los ojos en sus páginas y como si hubiese sido transportado a otra dimensión. Al terminar la jornada sintió que aquella tarde había sido verdaderamente fructífera; un Julián antes y después de aquel rato a solas con él. Tanto era así y tal era su personalidad, que vio conveniente mandar un correo a su profesor:

Estimado Bruno:

El libro que me recomendó realmente me va a ayudar en su asignatura. Me he puesto al día en tan solo una tarde. Y además, ahora me veo con más fuerzas para afrontar las demás asignaturas. Sinceramente, gracias.

Un saludo,

Julián.

Como aquella noche se quedaba a dormir en casa de Juancho, su mejor amigo en la universidad, no pasaría por su casa hasta al día siguiente por la noche. Así que, como sabría que su padre se alegraría de conocer que el libro que él le indicó le había sido tan útil, también le mandó un sms a través del móvil: «Papá, he encontrado la Enciclopedia q me dijist. ¡Y m ha servido d mucho! Ahora stoy + animado. ¡Gracias!».

Justo al enviar el mensaje, su móvil comenzó a vibrar. Era Juancho avisándole de que acababa de salir de su última clase y que se diera prisa porque un compañero les acercaría a casa en coche. Julián guardó su portátil y los papeles a la carrera y, tras echarse la mochila a la espalda, abandonó la biblioteca sin mirar atrás. Pero si hubiese mirado atrás, habría observado que había dejado el libro que le había alegrado la tarde sobre la mesa. Ese libro que, minutos después, Lourdes, la bibliotecaria, retornaría a su lugar antes de cerrar el recinto. Antes de disponerlo sobre su balda, Lourdes se sonrió al darse cuenta de que se trataba de ese libro tan especial que ella misma había colocado allí no hacía más que unas semanas. Lo abrió y se cercioró de que aquel papel con ese mensaje tan positivo seguía dentro. Fue ella quien, al retirar la antigua versión por la nueva, descubrió el fragmento para su sorpresa y decidió trasladar el papel, insertándolo aleatoriamente entre sus páginas con agradable olor a nuevo.

—¡Vaya! ¡Este «Gracias» es nuevo! —exclamó en alto a sabiendas de que ya solo quedaba ella en la sala.

* * *

Bruno leyó el correo de Julián justo antes de irse a la cama después de un ajetreado día. Estaba realmente extenuado pero, una vez tumbado dispuesto a dormir, le costó conciliar el sueño. Aquellas palabras, el agradecimiento final... ¿Puede ser posible?

A la mañana siguiente llegó a la facultad con la misma idea rondando su cabeza. Sin pensarlo dos veces, se dirigió a la biblioteca. A hora tan temprana la sala todavía estaba prácticamente desierta. Aun así, Bruno atravesó el pasillo principal tímidamente, tratando de pasar desapercibido, como si acaso los demás pudieran intuir el motivo por el que se encontraba allí.

Por fin llegó al lugar que tenía en mente. Y entonces le vio, sentado en su habitual sitio, abriendo aquel enorme libro turquesa. Sebas levantó la mirada sobresaltado, como un crío que es pillado haciendo una trastada. Bruno se acercó a la mesa pero, por primera vez, no se ubicó en el otro extremo, sino que retiró la silla que estaba junto a su exalumno y se sentó en silencio junto a él, a tiempo para comprobar si lo que había dirigido a ambos hacía allí era una quimera o una realidad. Sebas

prosiguió la acción que había demorado para esperar a que Bruno la presenciase. Abrió el libro por propia intuición y, muy despacio, agarró una fracción de papel bastante ajado en el que podía leerse:

¡Tú puedes! ¡Otros también comenzaron así!

En ella podían leerse diecisiete «Gracias» muy pequeños, añadidos al que en su día había anotado Sebas. Ambos rieron quedamente, asimilando lo que aquello significaba. Después comenzaron a hablar en voz baja, y estuvieron así durante toda la mañana, como los buenos amigos forjados en la universidad y como si el tiempo no hubiese pasado.

* * *

Notas finales del autor:

Las leyendas, leyendas son. Pero en toda leyenda hay algo de verdad intrínseca. ¿Cómo si no podría originarse una leyenda de una historia que no ha sucedido en lo más mínimo? Así pues, no confirmaré si ese papel existe o no, pero afirmaría haberlo visto dentro de un libro, sobresaliendo un poco con su borde dentado entre la rectitud de los cientos de páginas que conformaban el ejemplar. Pero no diré su título, ya que *La enciclopedia de los métodos dia... ¡numéricos!* es inventado para preservar su anonimato. No insistáis, no diré en qué balda, ni de qué estantería, ni por qué pasillo, ni de qué biblioteca, ni en qué facultad. Si lo contara, la leyenda podría correr peligro. Mejor lo dejaremos en que todo pudo ser una ensoñación. Aunque, os

seré sincero, me cuesta creer que mi mente idea-
se aquel nuevo fragmento que alguien adhirió con
celo al papel original para poner un nuevo «Gra-
cias». Quién sabe, quizás el próximo lo escribas tú.

El viaje

Paula Sánchez Conejero

El calor de las manos de Ana traspasaba mi cubierta, volvíamos a estar juntos de nuevo. Las yemas de sus dedos delgados daban pequeños golpecitos en mi lomo con un compás inaudible. Lo sabía, ella también me había echado de menos. Había tenido que pasar un tiempo considerable para que nuestros caminos se cruzaran por segunda vez. A mi parecer, el minuterero del reloj es algo absurdo e inservible, sobre todo cuando te has llevado años en una estantería esperando a que alguien se decida a pasar un buen rato en tu compañía. Pero cuando aquella chica de gesto inquieto me encontró, despertó en mí un placer asombroso. Lo supe al ver su rostro leyendo mis líneas y el ímpetu con el que seguía la historia que transcurría en mis páginas, por primera vez tuve la sensación de estar conectado a

alguien. Pero si realmente os interesa conocer cómo surgió este vínculo entre un libro y una estudiante de universidad, entonces debo empezar desde el principio.

Tras mi publicación en 1962 pasé largos años de mi vida en lugares sombríos y húmedos, rincones olvidados, alejados de mentes que encuentran en el conocimiento una verdadera diversión. Iba de un hogar a otro, de mano en mano, pero sin embargo nunca nadie se interesaba en conocerme en profundidad... como mucho leían mis primeras páginas, poco después se cansaban y pasaba a formar parte de los objetos con los que uno no sabe qué hacer. La mayoría de las veces, ni siquiera se dignaban a echar un ojo a la primera página, se detenían en mi portada austera y rechazaban debido a sus mentes llenas de prejuicios la idea de «perder el tiempo» con un libro tan simple. Entonces conocí a Natalia, y todo cambió.

Debía ser primavera, lo deducía por las caras alegres y la ropa colorida de los transeúntes que entraban en la tienda. Había llegado allí después de que un señor me vendiera junto a un lote entero de libros por cincuenta céntimos cada uno, ¿de verdad pensaba que valíamos tan poco?, eso parecía. Aquel día una señora de unos 60 años se coló a última hora en el local, parecía inquieta y como si le fuera la vida en ello corrió a los estantes.

—Disculpe señora, ¿puedo ayudarle en algo?... ya íbamos a cerrar —la voz de Don José sonaba más

cabreada que de costumbre, pasarse todo el día encerrado en la tienda sin vender un libro no favorecía su humor.

—¿Tan tarde es? ¡Ay, Dios! No me diga usted eso... —la mujer no le dejó que contestara y continuó con su discurso—. Mire, vengo corriendo, ¿sabe usted? —un fuerte estornudo la cortó. No sé si se lo produjo el polvo que bailaba de un lado a otro, o los pólenes que debían circular por la calle si mis cálculos no fallaban, y era primavera.

— Bueno, ¿qué busca?

— Pues me dijeron que había una tienda de libros de segunda mano aquí en el centro de Cádiz, y vengo a buscar un regalo para mi hijo que es profesor de universidad.

Don José hizo una excepción y alargó unos minutos la hora del cierre de medio día. Natalia era una mujer modesta y humilde, había trabajado muy duro para pagar los estudios de su hijo y ahora que él había llegado tan lejos se sentía tremendamente orgullosa. Pasaba la mirada por la sección donde me encontraba yo, sus ojos se detuvieron mientras una sonrisa de satisfacción recorría su rostro dulce y maternal.

— Me llevo este, señor —dijo mientras me señalaba. Os juro que si los libros pudiéramos gesticular, yo le habría devuelto la mayor de las sonrisas.

La señora salió de la tienda con tanta prisa como entró en ella, su hijo iba a su casa a almorzar.

Estaba haciendo un pucherito de esos que tan bien le salían cuando llamaron a la puerta, corrió entusiasmada a abrir. Allí estaba Iván con 34 años profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA.

–Hijo, entra, tengo algo para ti cariño.

Así llegue a las manos de un joven carismático y entusiasta que amaba el mundo de las letras. Su madre le explicó que a la hora de buscarle un regalo me eligió porque yo era como él, de apariencia sencilla pero con un gran valor interior. ¿Cómo lo sabía esta entrañable señora?, la respuesta estaba en que ella había leído años atrás un ejemplar de mi misma edición.

Junto a Iván pasé muy buenos momentos, me llevaba siempre en la cartera que portaba cuando iba a dar sus clases y siempre se acordaba de rescatarme en los descansos o en el camino de vuelta a casa en el bus. Al llegar a su pequeño y acogedor apartamento tomaba algo de picar, se preparaba un café bien cargado y se disponía a corregir los ejercicios de sus alumnos. Sin duda alguna, era un profesor comprometido, se preocupaba por que los estudiantes comprendieran, y sobre todo entendieran, la literatura que él tanto amaba. Era una persona tranquila, pero a la vez con una gran inquietud por el aprendizaje cuyo lema era «la vida es un libro que nos enseña una nueva lección con cada capítulo».

Una mañana, después de una clase de dos horas sobre literatura del siglo XIX, Iván me buscó en su

cartera como en cada descanso. Tomó la página en la que había dejado un trocito de papel plegado y continuó su lectura. A la hora siguiente me cerró y suspiró. Estaba reflexionando sobre el último capítulo que acababa de leer, «qué libro tan magnífico» pensó. Entró en la biblioteca de la facultad con idea de buscar algún otro libro del mismo autor, quería conocer más sobre sus pensamientos, disfrutar con su escritura ligera pero profunda. Andaba recluido en sus pensamientos cuando chocó por descuido con una mesita en la que había un cartel en el que la palabra *bookcrossing* resaltaba en letras grandes y blancas sobre un fondo naranja. Invaso por la curiosidad se acercó a preguntar al bibliotecario sobre la utilidad y finalidad de dicha mesa.

—Esa mesa está para poner los libros destinados al *bookcrossing* señor, es una idea que se basa en dejar a los libros que sean libres. El Vicerrectorado de Responsabilidad Social y Servicios Universitarios quiso hacer de las bibliotecas de la UCA zonas oficiales de dicha iniciativa.

—Pero... ¿de dónde viene esa idea?, ¿qué hay que hacer?

—El *bookcrossing* es un movimiento internacional que nació en 2001 en los Estados Unidos. Quien quiera puede donar un libro para que otra persona disfrute de él. Quien desee donar un libro tiene que darse de alta en la web bajo un seudónimo y registrar el libro que quiera donar, así puede seguir el viaje que haga su libro y leer las opiniones

de la gente que lo haya leído. La persona que recoja el libro puede notificarlo anónimamente en la web si lo desea e igualmente darse de alta.

No tuvo que pensarlo mucho, era un regalo de su madre, pero quería dejarme libre. Quería que otros me disfrutaran tanto como él lo había hecho entre mis páginas. «Los libros y las personas somos mucho más parecidos de lo que la gente cree», se dijo a sí mismo, y tenía razón. Muchas veces, como libro, he reflexionado sobre este tema, somos los pensamientos, los sentimientos, la vida de quienes nos escriben. Pero por eso mismo, porque nacemos de la mente y el corazón de un autor tomamos vida propia, y en el momento en el que otra persona se adentra en nuestras páginas hace de nuestra historia la suya propia. Un libro es mucho más que su autor, su lector, o su historia. Un libro tiene una especie de vida propia y debe ser libre.

Así fue como comencé a formar parte de la familia de libros de *bookcrossing*. Iván me regaló la libertad. Me inscribió en la web y me dejó en aquella mesita a la espera de que otra mente atrevida se inclinara por mí.

No pasó mucho tiempo hasta que mi querida Ana llegó a aquella mesa. Llevaba un libro en la mano derecha, en la izquierda una carpeta, una bandolera colgaba de su hombro y dejaba entrever por su cremallera abierta una gran cantidad de apuntes y documentos. Había ido a dejar el último libro de *bookcrossing* que recogió y a ver qué lectura

podría escoger esta vez. Tras sus gafas unos grandes e intensos ojos oscuros se relamían en busca de su nuevo banquete, un jugoso entretenimiento. ¡*Voilà!* Inclino la cabeza, frunció el ceño y apretó los labios.

–Umm... –dijo murmurando– tú pareces un reto amigo mío, pero no me das miedo. Vendrás conmigo.

Ana me había elegido ¡Qué feliz me sentía!, mi viaje comenzaba.

Ana y yo compartíamos momentos cada noche antes de que se acostara, luego me dejaba en la mesita de noche y mientras iba quedándose dormida pensaba sobre lo que acababa de leer. ¿Cómo podía una chica tan joven tener una mente tan madura y privilegiada?, su interés me asombraba. Ella no se quedaba en las palabras, iba más allá buscaba lo que éstas no decían y se deleitaba al descubrirlo. Ana disfrutaba de la lectura con mayúsculas.

Como cada mañana en la facultad, la chica bajó a cafetería en la hora del descanso.

–Hola Javi, buenos días.

–Buenos días guapísima, lo de siempre, ¿no?

–Si, por favor –la chica sonrió–. Estoy leyendo un nuevo libro, de los de *bookcrossing*.

–¿Cómo es?, ¿te está gustando?

El brillo que llenó sus ojos la delató.

–Ya veo que sí, me lo pasarás cuando termines, ¿verdad?

–Claro, eso está hecho.

—Perfecto, aquí tienes tu café con leche y el *croissant*, bonita. Que tengas un buen día.

Se sentó con el resto de sus compañeros que ya estaban desayunando. El bullicio era aún mayor que el de otros días, se notaba que a la hora siguiente había examen.

—¿No estás nerviosa?

Ana se giró hacia la voz de acento francés de su derecha.

—Un poco Charlotte, pero piensa que ya lo hemos ido estudiando en clase. Nos saldrá bien, estoy segura.

Charlotte era una chica de padres marroquíes nacida en Francia, había llegado a España hacía tres años y el último año se había mudado a Cádiz. Compartía con Ana el gran amor por la lectura y solían compartir libros para luego intercambiar opiniones sobre ellos.

—¿Me ayudarás a repasar?

—Claro, luego vamos a la biblioteca a estudiar juntas.

A Ana le fascinaba el coraje de su compañera que había tenido que enfrentarse al aprendizaje de una lengua extranjera e integrarse en una cultura que no era la suya, y aun así se relacionaba mejor con el resto de compañeros que ella. Su tez oscura se veía enmarcada por un pañuelo que hacía resaltar aún más sus ojos verdes, era una chica alegre a la que se le arrugaba la nariz cuando se reía. Charlotte se acercó a ella en su primer día de clase y le pro-

puso sentarse a su lado, había descubierto nada más verla lo aislada que se sentía muchas veces Ana y no dudó en ser su nueva amiga.

—Por cierto, me estoy leyendo otro libro. Le he dicho a Javi que cuando lo terminé se lo dejaré, puedo decirle que te lo pase a ti luego.

—De acuerdo, yo ya tengo uno pensado para entregar de mi propia colección.

La luz de la lamparita apenas alumbraba, Ana forzaba la vista para leer las últimas líneas del capítulo final de mi historia. Se debatía en sí misma, no quería que terminara pero a la vez deseaba más que nada en el mundo saber cómo acababa, y ese momento llegó. Aquellos ojos profundos se llenaron de lágrimas, una de ellas rebelde y escurridiza se escapó, recorrió su mejilla y fue a parar a mi última página. Eso me hizo sentir lleno, nunca nadie había tenido tal conexión con mi historia, aquella chica era especial y su lágrima dejó huella en mí como yo la dejé en su alma.

A la mañana siguiente cogió un lápiz, me abrió y en la primera página escribió:

Tú tienes una suerte inmensa, una suerte que yo ya nunca más tendré. Vas a poder leer este libro por primera vez y vas a disfrutar descubriendo su historia en cada página, en cada línea y en cada palabra. Vas a sorprenderte a medida que lo conoces y cuando llegues a conocerlo por completo, cuando sepas el final, entonces querrás poder volver al momento en el que llegó a tus manos para que te haga sentir que lo lees por primera vez.

Como prometió, Ana me dejó en manos de Javi y este me pasó a Charlotte, a la que le pidió que por favor me ayudara a seguir mi viaje lejos de aquí. Charlotte aprovechó la ocasión; como tenía que ir con sus padres a Madrid por papeleo de la nacionalidad, me llevó con ella para buscarme un nuevo compañero de viaje. Estando ya en la capital, la chica buscó la Facultad de Letras, estaba convencida de que ese era el sitio perfecto. Entró en el edificio como la que lleva un tesoro, sigilosa, atenta y observadora; quería buscar ella misma a mi futuro portador. Tras dar miles de vueltas de un lado a otro se fijó en un chico que leía sentado en uno de los bancos, era alto y delgado, tenía la cabeza agachada y estaba tan concentrado en su lectura que ni siquiera la escuchó llegar.

—¡Hola! —dijo efusivamente con su acento francés.

El chico se asustó.

—Hola... ¿nos conocemos? —parecía tímido y prudente.

—No, no nos conocemos. Pero tengo algo para ti, tú eres el elegido —dijo Charlotte con tono solemne, metió la mano en el bolso y me sacó—. Este libro, léelo, y luego pásalo a otra persona.

El chico podría haberla tomado por una loca, o no haberle hecho ningún caso, pero no fue así pues Charlotte tenía una sonrisa encantadora capaz de convencer a cualquiera.

—Por cierto, me llamo Charlotte.

–Gracias, yo soy Leo. ¿Eres de aquí?

–No, soy... bueno, aún estoy arreglando mi nacionalidad –la chica se rió–, digamos que vivo en Cádiz, estudio allí.

–Espero verte pronto, Charlotte.

–Igualmente, Leo.

Al volver a casa Leo me dejó junto a su carpeta encima de su cama, y se dispuso a relajarse un rato. Había sido una mañana movida, la clase de ingeniería industrial había sido cancelada y decidió acercarse a la facultad de su hermano para devolverle unas botas de fútbol que le había dejado. Mientras esperaba que su hermano saliera de clase se sentó a leer un libro sobre aeronáutica, momento en el que Charlotte apareció. Hacía tiempo que vivía solo, tenía un trabajo por las tardes en una tienda de deportes y con eso pagaba su parte del piso que compartía con otros tres estudiantes. Era una persona callada y reservada pero no tenía problemas en relacionarse con la gente.

Ese mismo día al llegar del trabajo se encontraba agotado, iba a ver un rato la televisión pero se acordó de que yo estaba esperándole. No estaba muy seguro de que fuera a disfrutar con mi lectura, al fin y al cabo leer no era tampoco que le apasionara excepto si se trataba de aquellos temas en concreto relacionados con la ciencia que tanto le llamaban la atención. De todos modos, decidió que iba a intentarlo. Miró mi portada y pensó: «Esto va a ser más difícil de lo que creía». Acto seguido

abrió la primera página y leyó la nota que Ana había dejado; aquello hizo magia. Sintió una curiosidad infinita, mi historia tenía que ser realmente emocionante si alguien había escrito aquello sobre mí. Tenía que conocerme en profundidad para entender por qué una persona anónima había dejado aquel comentario.

Leo tenía una mente analítica, rápida y astuta, aunque falta de ese toque emocional que hace que una persona vea en un libro algo más que puro conocimiento. Sin embargo Ana, sin saberlo, le ayudó al darle ese impulso, esas ganas de sentir, de llegar a conectar con la emoción que ella había dejado en mí.

El chico disfrutó con mi historia más de lo que creía que nunca podría disfrutar con un libro, sintió las sensaciones que escondía detrás de las palabras y al finalizar su lectura comprendió a la perfección la declaración que se encontraba escrita en mi primera página. Entonces un pensamiento cruzó por su mente: «Tengo que conocer a la persona que escribió esto, tengo que encontrarla. Pero, ¿cómo?». Entonces recordó a aquella chica, la que le entregó el libro, ¿sería ella? Recordó su nombre, Charlotte, ¿de dónde dijo que era?, ¡ah, sí!, de Cádiz. Corrió a su ordenador y abrió Facebook «Charlotte, voy a encontrarte».

Tras un tiempo buscando y por los datos que tenía encontró el perfil de Charlotte en Facebook, le escribió un mensaje para ponerse en contacto

con ella y esta le contestó. Le preguntó por la nota de la primera página y esta le aclaró quién la escribió, su compañera de clase y amiga Ana. Leo quiso ponerse en contacto con ella pero Ana no tenía Facebook. A su vez, cuando Charlotte le comentó a su amiga que un chico de Madrid quería ponerse en contacto con ella, a esta no le pareció una buena idea.

Pero Leo no estaba dispuesto a rendirse; iba a conocerla. Sin que Ana lo supiera concretó con Charlotte un plan para ir a Cádiz y allí darle el encuentro. Cogería el tren, iría a su facultad y Charlotte le diría dónde encontrarla. Podía parecer una idea descabellada ir a otra ciudad que está en la punta de España solo para conocer a una chica porque ha escrito una nota en un libro. De hecho, era una idea descabellada, pero esa chica había producido en él algo que nunca había sentido.

De ese modo, Leo cumplió con lo planeado. Llegó a Cádiz, cogió un bus para llegar a la facultad y allí llamo a Charlotte.

—Hola Charlotte, soy Leo. Ya estoy aquí.

—Hola, ¿estás preparado?

—Por supuesto, llevo mucho esperando este momento.

—Lo sé, ve a cafetería allí está.

Al chico le entró un sudor frío pero no pensaba echarse atrás; iba a hablar con ella por fin. Caminó deprisa hacia conserjería, preguntó por cafetería y tras algunas señalizaciones llegó. «Uno, dos, tres...

y entro», pensó. Contó hasta dos, no pudo aguantar más. Al entrar se encontró con la mirada de Charlotte, a su lado había una chica cuyas gafas cubrían la mitad de su pequeña cara, era ella.

¿Imagináis como siguió la historia? La sorpresa de Ana al conocer a Leo fue tan positiva como la de él al leer su nota en mi primera página. Mi viaje estaba siendo mucho más emocionante de lo que creía.

—Toma, esto lo has escrito tú, ¿verdad?

—Sí, lo hice yo. ¿Qué haces aquí?

—Conocerte, tenía que hacerlo.

Ana me tomó entre sus manos, volvíamos a estar juntos de nuevo. Las yemas de sus dedos delgados daban pequeños golpecitos en mi lomo con un compás inaudible. Lo sabía, ella también me había echado de menos.

—Y... ¿ahora qué?

—He venido a ayudarte a encontrar otro portador del libro, alguien más que conozca su historia. Y ya de paso, a inventar la nuestra propia, así es como se hacen los libros ¿no? Con historias propias. Personas que se deciden a buscar su camino y a encontrarlo.

Tuve que despedirme de Ana, de Leo, de Charlotte, de todos por cuantas manos había pasado. Esta vez fui, mucho más lejos, los chicos decidieron entregarme a una estudiante Erasmus que acaba su curso en Cádiz y volvía a su Letonia natal. Yo tenía que seguir mi viaje y ellos tenían que se-

guir su historia. Y allá dónde fui llevé conmigo el mensaje de Ana que siguió impresionando y animando a que se atrevieran a leerme a todos los que me encontraban. Siempre la llevaré conmigo, como la lágrima que dejó en mí.

Esta es mi historia. La de un libro viajero que encontró a alguien que le dio sentido a su viaje y el cual, a cambio, sin quererlo, ayudó a crear nuevas historias. Porque la literatura somos nosotros, nuestra vida, y debemos devolverle la vida que nos da. Os animo a que os atreváis a coger un libro viajero y a entregar otro al mundo, hacer que vuelen, que sean libres, y que llenen corazones y mentes que están deseando encontrar su historia en el mundo. Mi camino prosigue por toda Europa y espero llegar pronto a otros continentes, a otras culturas y a otras manos. Haced que vuestra vida sea tan sumamente interesante como la mía y atreveros a conocer antes de juzgar.

Tu luz

Clara Caballero de las Olivas Díaz

16 de junio de 2014

No sé cómo he llegado hasta aquí, pero lo he hecho. Contigo. Conmigo. Por ti o por mí. No lo sé. O sí. Pero lo he hecho. Como si hubiera sido fácil el camino, fácil la elección. Fácil darme cuenta de que te tenía demasiado cerca como para que salieras de mi cabeza. Para que salieras de mis pensamientos o de mi mente por el mero hecho de que yo había decidido, en contra de todo, que tú y yo no seríamos tú y yo, porque nuestro momento nunca había existido. Pero no. A veces el momento no existe, no pasa, no llega, solo espera. Aguarda, a que dos personas destinadas a vivirlo estén dispuestas ello. A vivirlo. O no lo estén, pero simplemente no puedan remediarlo.

Porque tú eres la elección que nunca he tomado. El camino que siempre ha estado ahí pero jamás fue recorrido. O sí. Pero por los arces, como quien tiene miedo a pisar el asfalto y ser arrollado. Como si no existieran asfaltos donde crecen amapolas.

Eres una lista de cosas por hacer que al final nunca hago por miedo a terminar. Eres luz cegadora que hace ver borroso por todo lo que desprendes. Esa eres tú.

Y yo soy quien siempre pero nunca. Quien contigo pierde el norte. Sin reloj, ni brújula. Como destinados de antemano. Siempre llego a ti. Y no quiero. No quiero porque perderte sería perderme a mí. Porque te conozco más que tú misma y me conoces como ni yo alcanzo a hacerlo. Y lo sabes. Y lo sé. Por eso te miro de cerca, pero lejos.

Tu pelo castaño se enreda por el aire y tus ojos verdes bien podrían hacer la fotosíntesis con permiso de las plantas que crecen en primavera. Y yo te miro. Te miro porque nunca me he atrevido a hacer otra cosa que observar cómo vas y vienes. Cómo no me convienes. O no te convengo. Al menos no como quisiera.

Podría escucharte durante horas, tus anécdotas, tus risas. O simplemente tu voz. Que es como música para mis oídos. Me gustas. Me gustas mucho. Y no sé ni cuándo acabé por aceptarlo. Quizás aún estoy en ello. Sí, definitivamente aún lo estoy.

Hace tanto que te observo que podría dibujarte con los ojos cerrados. Todavía recuerdo cómo nos conocimos el primer día de clase en la universidad. Tú la chica altiva de la primera fila y yo el tipo tímido y despeinado de la última. Recuerdo cómo mis ojos se abrieron como platos al verte caminar con tus amigas por el pasillo, cómo desde aquel día no he podido dejar de mirarte. Ni un segundo. Tantas clases de Anatomía, Embriología o Bioquímica que luego tenía que repasar, una vez tras otra, en casa, porque nuestros profesores nunca se llevaron ni una milésima de mi atención.

Toda la absorbiste tú. Como si de un agujero negro te trataras. ¡Quién pudiera dejarse arrastrar por ti! ¡Qué difícil resistirse!

Y así transcurrían los días. Y las clases. Tú cada vez más hermosa a mis ojos y yo cada vez más empeñado en mirarte, esperando que me devolvieras el gesto. Esperando que mis ojos pudieran decirte que se habían prendado de ti. Sin remedio. Qué complejo el cuerpo humano y aprender de él, tan científico, tan pragmático. Y más cuando yo ya solo quería doctorarme en tus ojos y escribir sobre el juramento hipocrático que solo me dedicaría a ti. Me haría especialista en ti. En tus ojos.

También recuerdo la primera vez que me miraste. Como si hubieras descubierto América anticipándote al almirante Cristóbal Colón. Porque me miraste y sonreíste. El azar se había empeñado en jugar conmigo y colocarme formando grupo contigo en un trabajo de Psicología. Jugar conmigo. Y contigo. O quizás, fueron nuestros apellidos próximos en el orden que dicta el alfabeto, decir azar o destino puede que sea jugar con la suerte. Y yo vendería toda la mía por estar cerca de ti. Por estarlo siempre.

Puedo ver como si fuera ayer cómo te acercaste a mí y ya no volviste a irte. Recuerdo todos mis intentos por hacerte reír. Nuestras sesiones y todos los libros que esparcimos entre nosotros, como si ellos, ilusos, pudieran recoger si acaso la mitad de lo que pasaba por mi mente cuando compartía mi tiempo contigo. Recuerdo nuestras discusiones sobre el tema del trabajo, las emociones. Muy complicado. El amor desde el punto de vista médico parecía demasiado frío. Y en eso estábamos de acuerdo. Todas las nociones que teníamos previamente podríamos disolverlas en café.

Leímos cómo el corazón no siente, solo bombea. Cómo es el cerebro el que manda. Un pequeño

núcleo llamado amígdala, del tamaño de una canica. Qué irónico. Algo tan grande como los sentimientos en un espacio tan reducido. La amígdala, nuestra canica cerebral, provocando un baile de hormonas que caen en cascada por los oídos haciéndonos sentir fuertes como la piedra o débiles como mantequilla cuando la persona indicada se acerca a nosotros.

Teniendo en cuenta lo que aprendimos podría decirse que mi amígdala bailaba tango con mi corazón acelerado solo por tenerte tan cerca. Y nos habríamos quedado cortos. Seguramente, si hubiera expresado todo lo que me hacías sentir con solo mirarme hubiéramos sacado matrícula en nuestro trabajo. Pero eso era exponerme demasiado. Así que pasamos aquella época. Tú conmigo y yo contigo. Desde entonces no te has vuelto a ir.

Has estado en mis días de biblioteca, dándome codazos, con tu manía de escribir casi tumbada sobre la mesa. Has estado en mis clases, sentada a mi lado, ni en la primera ni en la última fila, en el centro, junto a mí. Has estado en mis noches, en las salidas por la Punta de San Felipe, por delante de cualquier cerveza. Has estado en La Caleta, sentada a mi lado, mirando las estrellas. Has estado en mi teléfono móvil, vibrando con cada mensaje que nos acercaba un poco más en las vacaciones que se me hacían demasiado largas cuando volvías a tu casa a muchos kilómetros de distancia. Has estado en el bombeo de mi corazón, en mis hormonas en paracaídas y en mi amígdala. ¡Bendita o maldita amígdala! Reina de mis emociones, destronada por ti.

Cuántas noches he pedido, no sé muy bien a qué o a quién, las fuerzas necesarias para decirte que siento y padezco solo por ti. Cuántas veces nos ha separado solo un libro, un silencio ruidoso entre las estanterías, unos ojos tan sordos como para no escuchar a mi cabeza pedirles que no te miraran como si no

hubieran visto algo así en su vida. Cuántos besos se han perdido en el camino entre mi boca y la tuya para ir a parar a una mejilla siempre dispuesta a ser amiga. Cuántos abrazos han pedido que no te separes de mí, que el tiempo se haga eterno cuando necesitas mi cariño. Cuántos consejos te habré dado, en contra de todo yo, para encontrar al hombre que te merezca. Hombre que no soy yo. A osar pensar que te merezco nunca me atrevería.

Porque tú eres el sol. Todos te adoran. ¡Y qué celos! Aunque suene egoísta me gustaría adorarte solo yo. Pero no es posible. Porque tú no lo eres. Tú eres de esas personas que catalogaría como imposible. Eres compleja como un rompecabezas, suerte que siempre me encantaron los puzzles, y más si se trata de ti. Eres divertida y a la vez seria cuando sacas castañas del fuego. Eres risa de la que te duele en la barriga. Eres belleza de la que se clava en la retina. Eres inteligente, más que todos, tu ingenio podría desbordar al más difícil problema matemático. Ya quisiera el mundo, incluyéndome a mí, que uno más uno siempre sumaran dos.

Ahora, tras seis años de carrera estoy seguro de que serás la mejor doctora, que tus pacientes también te adorarán. Porque lo mereces. Todo y más. Porque cuando sales, la estancia se queda sin luz. Como yo me siento cuando veo cada vez más cerca el momento de decirte adiós. Y no quiero. Porque decirte adiós es decírmelo a mí mismo. Porque acompañarte al tren que te lleve lejos de mí y no detenerte, bien podría ser lo más duro que he hecho en mi vida. Porque yo también seré doctor, pero tendré que especializarme en reparar cada uno de los pedazos que quedan de mí sin ti.

Esta noche es la graduación y, mientras escribo estas líneas, repaso mentalmente cada momento vivido junto a ti. Y siempre me quedo corto. Como se

me ha quedado corto el tiempo. Todo se queda corto a tu lado. Como yo me quedé corto al obligarme a mí mismo a ser solo tu amigo.

No digo que serlo haya sido poco. Para mí lo ha sido todo. Porque poner a mi mundo a girar por ti, lo haría una y mil veces. Aunque eso significara convertirte en el eje en torno al que se mueve la vida. Porque ¿acaso no lo eres ya? Eso y más. Tú siempre has sido más, tu alma no se conforma con haberse metido a latir en mí, y a la mía no le vale con las excusas que le estoy poniendo esta noche para no acariciarte la mejilla, tomarte de la cintura y besarte. No le vale con haberlo imaginado una tras otra vez, porque no se conforma.

No se conforma con caminar contigo pero sin darte la mano. No se conforma con que te abrace pero no te pegue lo suficiente a mí como para que sientas cómo me haces latir. No se conforma con mirar tus labios cuando bien querría besarlos hasta borrar tus comisuras de tanto amor. No se conforma con que beba de tu risa cuando podría beber de ti. No se conforma. Ni yo.

Pero, ¿qué hacer? Cauteloso, te conservo en mi vida. Cerca, no tanto como me gustaría, como nos gustaría a mí y a mi alma. Pero cerca. Arriesgarme a besarte, arriesgarme a perderte es demasiado arriesgar. No quiero vivir sin ti, porque sería vivir sin mí. Por eso me callo. Me callo y estoy contigo. Y lo estaré siempre. Estés donde estés. Porque amarte como lo hago no tiene que ser ni sano. Pero me da igual. Porque sería enfermo consentido, enfermo de ti, y con gusto. Porque te amo como solo puede hacerse cuando se ama con algo más que con el cuerpo, con algo más que con la mente. Cuando se ama con todo. Cuando ninguna definición de amor te complace, ni la médica, ni la que podríamos

encontrar en cualquiera de los diccionarios de la biblioteca.

Y yo lo hago, yo te amo, desde el primer día, aunque nunca lo llegues a saber, siempre serás mi más ansiado anhelo.

Hugo

Recojo con cuidado los folios que he escrito, para ti, pero por mí. En un intento por sacar de dentro de mí todo lo que siento, dejarlo fuera y poder disfrutar esta noche. Esta última noche. Los doblo bien y me los guardo en el bolsillo de la chaqueta, ya los destruiré más adelante, cuando me canse de releerme mis motivos para no decirte todo lo que callo.

Cuando me doy cuenta me he apretado tanto la corbata que casi me ahogo. Me aflojo el nudo y me miro al espejo. Mis ojos oscuros me devuelven la mirada con una mezcla de melancolía y nostalgia que me recorre las venas. Mis pelos, también oscuros, parecen más ordenados que nunca, como si se hubieran preparado para la noche que les espera. Me aliso la chaqueta con las palmas de las manos con cuidado. Quiero estar presentable, no por nada, no porque me gradúe hoy, no porque me ha costado mucho llegar hasta aquí, que también, sino porque irás de mi brazo y una preciosidad como tú no merece menos. Camino hacia la salida de mi piso cogiendo las llaves del coche y me encamino hacia la plaza frente a la facultad. El Gran Teatro

Falla aguarda para graduar a una nueva promoción. Mi promoción. Tu promoción. Nuestra promoción.

En la plaza las farolas comienzan a tomar el relevo de los últimos rayos de sol de una primavera que está a pocos días de morir a manos de un impaciente verano. Puedo ver caras conocidas y otras no tanto, todos repiten que hoy será un día para recordar. Lo que no saben es que yo recordaré cada día. Desde el primero.

Avanzo entre mis compañeros para llegar a la puerta del teatro, allí dijiste que nos veríamos. Puede que sea algo temprano, pero no puedo contener mi impaciencia. Veo pasar a alguna de tus amigas, deseando que detrás de alguna de esas risas nerviosas esté tu garganta. Pero no apareces, y yo miro hacia todos lados, saludando a unos y a otros, distraído, aguardando. Y de repente, tú. Miro hacia arriba de las grandes escaleras de la estancia central, y allí puedo verte. Mis ojos se abren como platos, como el primer día que te vi. O más. Creo que mi barbilla llega al suelo, pero no me molesto en disimularlo.

Tú comienzas a bajar y yo te observo. Peldaño a peldaño mis piernas pierden fuerza y siento que en ellas comienza un temblor que sube por mi espina dorsal. Trato de recomponerme pero es como si todo dentro de mí no funcionara, como si las diferentes partes no pudieran ponerse de acuerdo en otra cosa que no sea mirarte. Llevas un vestido celeste que destaca tu ligera silueta, contrastando con tu pálida e inmaculada piel. Y tu pelo, que bien

podiera cortar el aire, mi respiración, sobre uno de tus hombros. Y yo trago saliva, con fuerza, tratando de mandar órdenes a mi cerebro para que todo comience a funcionar porque estás casi a mi lado y yo no reacciono. Pensarás que soy un pasmarote, que ni en el día de hoy dejaré de ser el eterno despistado que se emboba mirándote.

Reacciono y subo los dos últimos escalones, caballeroso, para tenderte mi mano, y ayudarte a bajar. Ya podría haberlo hecho antes pero tu belleza me tenía ensimismado. Cuando tu mano descansa sobre la mía el hormigueo que recorre mi cuerpo me sacude haciéndome sonreír como un tonto. Pero tú me devuelves la sonrisa y me da igual parecer el mosquito más tonto y despistado de la manada dándome golpes siempre contra el mismo cristal. Porque tú me sonríes, me sonríes a mí y no hay nada que me importe más que tú.

—¿Estás preparado, Hugo? —preguntas, y yo beso tu mano provocando que ensanches la sonrisa—. Estás perfecto —añades, y yo siento que todo me late más fuerte de lo que soy capaz de soportar.

—Lo estoy, Ana —contesto—. ¿Cómo no estarlo si voy con la mujer más preciosa del lugar? —digo girándola sin soltar su mano—. Todo el mundo me envidiará.

—Qué exagerado —ríes—. Abrázame —me pides, y yo tardo una milésima de segundo en hacerlo. Te rodeo con los brazos y tú me aprietas, más de lo

usual, quiero pensar que tú también me echarás de menos.

—Vamos nena —susurro al despegarnos, parece como si fuera a empezar a llorar y sus lágrimas me matan. Me inclino levemente y beso su frente—. Hoy comienza nuestra nueva vida.

Caminamos juntos hacia el gran salón y nos sentamos en nuestras butacas. La estancia está repleta de personas. Pero también cargada de objetivos cumplidos, de etapas superadas, de sueños e ilusiones, de un futuro prometedor. Alguno de nuestros profesores pasan por el escenario recordando lo que hemos pasado durante estos seis años, momentos de dudas, de estrés, de exámenes, pero también momentos de risa, aprendizajes para siempre y ratos inolvidables. Y yo te miro, de reojo, como quien no quiere la cosa y tus manos tiemblan. Nerviosa. Fuiste elegida para salir a hablar en nombre de los alumnos y supongo que tu estado se debe a eso. Te cojo la mano y me miras, la aprieto y sé que sabes que estoy contigo. Que siempre lo estoy.

Llega tu turno y grácil llegas al escenario. Creo que en tanto tiempo aún no me he acostumbrado a tu forma de andar. Tan sutil y elegante. Cualquiera pasarela se te quedaría pequeña. Y yo te miro, porque no puedo hacer otra cosa. Pero esta vez cientos de ojos están pendientes a ti, que ante un micrófono sonríes a la sala.

—Buenas noches —comienzas—. Mi nombre es Ana y soy alumna de esta fantástica promoción —sonríes—. Me ha costado mucho subir hasta aquí pero tras ser elegida por mis compañeros no podía negarme —continuas y yo te escucho atento, se te ve más tranquila, ya no tiembles—. He subido para decir que vine desde lejos y me acogieron desde el primer día —sigues mientras miras a tus amigas—. He subido para decir que el camino fue duro pero que mereció la pena. Merecieron la pena tantas noches de estudio, tantas frustraciones, tantas prácticas y tanto trabajo —sigues mientras haces algunos aspavientos exagerados, la gente no puede hacer otra cosa que reír, como yo—. Mereció la pena porque hoy lo podemos decir a boca llena: ¡somos doctores! —gritas haciendo que te vitoreen—. Mereció la pena porque en el transcurso de estos años hemos crecido, hemos conocido gente maravillosa y vivido momentos inolvidables —continuas con algunas lágrimas en los ojos, alguna menos de las que tengo yo—. Y ya solo me queda daros un consejo: vivid con ganas, sentir con fuerza y amad, pero con todo, corazón, amígdala y cuerpo —terminas y nos ponemos de pie para aplaudirte.

Tú bajas y yo ya no sé cómo secarme las lágrimas. Debo parecer una magdalena gigante y con barba de unos días. Menos mal que la mayoría llora, por la emoción del día y puedo camuflarme sin dificultad. Yo lloro porque no sé cómo voy a vivir contigo a tantos kilómetros. Lloro porque tú

también eres partidaria de amar con todo. Porque recuerdas nuestro trabajo de Psicología. Porque te acercas para colocarte en tu sitio, justo a mi lado y me secas las lágrimas con tus dedos. No sé cómo cabe en tu cuerpo tanta perfección.

La ceremonia transcurre y uno a uno vamos subiendo para recoger nuestro diploma. Lanzamos los birretes y nos abrazamos. Tú agarras mi mano con fuerza y yo no te suelto. Estás radiante, tanto que podrías iluminar tú sola el teatro, probablemente toda Cádiz. Y yo trato de absorber tu luz, captar todo lo posible, para que cuando te vayas al día siguiente el mundo no se quede sin luz. Qué difícil propósito.

Tras la cena nos dirigimos a una gran fiesta preparada durante mucho tiempo. Una carpa en la playa con luces de colores que hipnotizan. Lo estoy pasando bien, pero la nostalgia apenas me deja respirar. Bebo mi copa de un último trago mientras te veo reír con tus amigas y te sacas más de un millón de fotos. Charlo con algunos compañeros y disfruto de tu compañía que va y viene. Siempre pasas por mi lado y me miras, me bailas, me sonríes. Y yo que me muero por ti. Y tú que ni cuenta te das. Pero la culpa es mía, por tener un alma que aspira a más y unas hormonas que en estampidas recorren mi cuerpo. Pido otra copa y camino por la arena hasta la orilla. El mar frío moja mis zapatos pero no me importa, el agua apaga fuegos y yo estoy ardiendo por dentro. Llevo un rato mirando las

vagas olas cuando te escucho llamarme por detrás. Vienes corriendo y saltas, yo te cojo al vuelo y te doy vueltas.

—Estás loca —sonrío, y siento que todo el fuego que pudiera haber apagado el mar no ha hecho otra cosa que avivarse.

—No te encontraba —te quejas y me golpeas el hombro, finjo dolor y tú vuelves a golpearme—. Pensaba que te habías ido sin despedirte.

—No haría eso —contesto mirándola—. De todas maneras te dije que te recogería mañana temprano para llevarte a la estación —añado girándome para volver a mirar el mar, quiero mantener la compostura—. ¿Alguna vez te he fallado?

—Puede —contestas y yo me giro a mirarte alzando una ceja, intrigado. Estás preciosa. Mi chaqueta cuelga de tus hombros protegiéndote del fresco que ha levantado la madrugada y eso te hace ver aún más atractiva. Al menos a mis ojos.

—¿Cómo que puede? —pregunto intrigado—. Espero que tenga una explicación, señorita.

—La tengo —contestas enseñándome una de tus manos, en ella un conjunto de folios doblados apretados con fuerza. Mis ojos se abren mucho y siento como si la playa comenzara a girar alrededor de mí y perdiera la base de sustentación. Puede que me caiga de un momento a otro. Meta la cabeza en la arena. O todo mi cuerpo. Y no vuelva a sacarlos.

—¿Qué es eso? —pregunto con la voz entrecortada, mi garganta está demasiado seca así que toso

un par de veces. Ella me mira con reproche y yo le devuelvo la mirada con enfado, no debería haber cogido eso y mucho menos leerlo.

—Creía que lo sabías —dices y giras el papel donde pone tu nombre. Maldita sea.

—No deberías haber leído eso —contesto y lo cojo quitándotelo y lanzándolo al mar. Lejos de tu alcance y del mío.

—Y tú no deberías haberte callado todo este tiempo —reprochas—. Ni deberías haberlo arrojado, era mío.

—No —niego pasándome las manos por los cabellos desordenándolos. Siento que se me va salir el corazón por la boca y no puedo hacer nada por impedirlo—. Era mío, solo mío —añado y me doy la vuelta comenzando a caminar.

Te he dejado sola en la orilla y siento que los focos ya no alumbran tanto. Que la luna se ha apagado y que he cometido el mayor error de mi vida. La música retumba en mis oídos pero no más que mis pensamientos. Lo sabes. Y todo se ha acabado. No puedo ser más tu amigo porque sabes que no quiero serlo, que no puedo conformarme, que me haces arder y que cuando no estás me hielo de frío. Lo sabes. Todo. Continúo caminando con la cabeza hacia abajo cuando siento un fuerte golpe que me tira al suelo.

—¿Qué te crees? —preguntas más enfadada de lo que nunca te he visto. Yo te miro atónito desde el suelo, tu empujón por detrás me ha hecho caer. Siempre has sido guerrera, no sé cómo he podido

pensar que yo iba a tener la última palabra—. ¿Por qué eres tan egoísta? —vuelves a preguntar y yo sigo sin salir de mi asombro—. ¿Crees que iba a irme y dejar esto así?

—No entiendo —contesto levantándome.

—Nunca entiendes nada —dices mientras me miras con furia—. Llevo meses queriéndotelo decir, no he parado de mandarte señales y siempre las esquivabas —continuas y yo no puedo hacer otra cosa que oírte, con todos mis sentidos.

—¿Decirme qué? —pregunto consternado.

—Decirte que no puedo irme a ninguna parte —contestas y una lágrima cae por tu mejilla—. No puedo irme a menos que vengas conmigo —continuas, y yo vuelvo a notar cómo todo a mi alrededor gira y el equilibrio me traiciona—. Y si te quedas aquí, me quedaré contigo.

—Ana... —comienzo a decir pero me detienes.

—¿No te das cuenta? —preguntas alzando los brazos—. Por mucho que te empeñes en mirar hacia otro lado, en que seamos amigos, ya no puedo —añades—. Aunque no hubiera leído nada no hubiera aguantado sin decirte todo esto —sigues, yo extendiendo mi brazo para poder secar tus lágrimas—. Porque te amo —confiesas, y en mi pecho algo estalla—. Porque para mí el único riesgo que existe es no intentarlo.

Y no dices nada más. Te acercas dando un par de pasos. Ahora puedo sentir cómo tu corazón desbocado va en busca del mío. Te pones de puntillas y me miras. Directo a los ojos. Como si pu-

dieras atravesarme, pero sabiendo que yo también veo a través de ti. Y tus labios rozan los míos y los millones de fibras nerviosas de mi cuerpo se erizan al unísono. Te aprieto entre mis brazos como tanto he deseado durante años. Y alargamos el beso, tanto que pierdo el norte, el sur y la noción del tiempo. Aunque quizás ya lo había perdido todo, pero para ganarte a ti. Desde el primer día.

No se puede luchar contra pronóstico. Las montañas más altas se desmoronan y el mar más salvaje siempre nos devuelve nuestros mensajes en botellas. Hay oídos que pueden sentir las caricias y ojos empeñados en mirarse. Hay amores que no caben en el diccionario. Hay pieles destinadas a sentirse. Y hay elecciones que no podemos decidir.

Hay elecciones que simplemente, nos eligen a nosotros.

La chica del cuaderno verde

Miguel Ángel Gordo García de Robles

Carlos

Lo bueno de los libros es que son capaces de transportarte no solo a los mundos ocultos detrás de sus páginas, sino que esas mismas palabras te pueden acercar al autor de cuando en cuando.

Recuerdo el primer día de mi nueva vida. Yo estaba estudiando mi primer año del Grado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz. Habían pasado cinco semanas desde que terminamos los exámenes, y tres desde que mi novia me dejó no sin antes comunicarme mi primer suspenso del año. Por aquél entonces yo vagaba por la vida sin rumbo, sin aspiraciones más allá de poder comprar la *Interviú* y sin esperanzas, lejos de poder imaginar que mi vida iba a dar un giro de 360 grados.

Mi nueva vida comenzó de la manera más inesperada, en el lugar más insospechado, la biblioteca de Humanidades. Yo estaba allí buscando un libro para Prehistoria, y demostrando mis escasas dotes de orientación, había acabado en la sección de «Literatura Hispano-Americana». Justo cuando me iba a ir en busca de la sección correcta, le di una patada a algo que en ese momento se metió debajo de la mesa. Cuando me agaché para comprobar qué era, vi un cuaderno verde con una pegatina de una mujer que no sabía quién era.

En cualquier otra situación reconozco que hubiera dejado ese cuaderno donde lo había encontrado, pero en ese momento me llamó la atención la pegatina. Cuando lo hojeé un poco, descubrí que estaba escrito casi al completo con una letra pequeña, pero bastante bonita y fácil de entender.

Sin saber cómo, me sorprendí a mí mismo leyendo la primera página de aquel curioso cuaderno que comenzaba con letras grandes de color rojo y se titulaba *Enhorabuena, es usted un topo*. En un espacio de unas tres páginas se relataba la absurda historia de un hombre que al tener problemas de visión va al oculista, que le explica al desdichado paciente que es un topo y que no lo sabe por culpa de un hechizo. Recuerdo pocas ocasiones en las que me haya reído tanto como en el diálogo culmen de la pequeña historia:

—Enhorabuena. Es usted un topo —dijo el doctor intentando contener la risa.

—¿Tan mal veo, doctor? —contestó Emilio preocupado.

—No, es que es usted un topo, mírese en el espejo.

Al hacerlo Emilio se quedó paralizado. En el espejo donde debería estar reflejada la imagen de un hombre, se encontraba un topo con los ojos casi cerrados.

Ese relato, como otros relatos escritos en el cuaderno fueron los que me amenizaron la tarde, y aunque me da vergüenza reconocerlo, fue esa tarde, a tres días de cumplir los veinte años, la primera vez que me sumergí en un papel envuelto por la magia de las palabras.

Tardé dos horas en leerme todos los relatos del cuaderno. Algunas historias tan solo ocupaban una página, y otras ocupaban hasta ocho. Las historias eran bastante variadas. Había relatos románticos y apasionados, pequeñas historietas en las que una adolescente resolvía un crimen, y hasta algún que otro *fan fiction* de libros que si bien yo no había leído, sí que había oído hablar de ellos o me había visto alguna película basada en ellos.

Mi reloj ya daba las seis y media cuando las palabras de las últimas páginas se grabaron a fuego en mi mente y en mi corazón de aquella manera en que te marca la primera vez que la lectura llega hasta lo más hondo de tu alma.

Me quedé un buen rato saboreando ese momento mágico antes de percatarme de la hora que era. Hacía ya tiempo que se me había olvidado que

tenía que buscar el libro de Prehistoria, y no lo recordaría hasta la noche, pues en ese momento lo único que me rondaba por la cabeza era qué podía hacer con ese cuaderno que en cualquier otro momento hubiera dejado en el suelo pero que en ese momento tenía un valor único para mí.

Releí alguna de las historias del cuaderno fijándome esta vez más en la letra, pues debido a la forma y a algunas formas de expresarse, estaba claro que la persona que había escrito esas historias era por fuerza una mujer. En ese momento empecé a divagar con una chica joven, alta, guapa, piel clara, con una larga melena rubia, delgada, y ¿por qué no?, una talla de suj...

—Uhm, uhm.

Mi mente calenturienta dejó de divagar al tiempo que clavaba mis ojos en el lugar de donde venía la tosecilla. Ante mí estaba una chica bajita y regordeta, con una media melena de pelo negro azabache. Tenía la cara redonda, y unas gafas de culo de botella sostenidas sobre una nariz muy achatada. Yo no la conocía más que de vista, sabía que estudiaba en la facultad y me sonaba haberla visto en clase, pero nunca habíamos cruzado más de dos o tres palabras.

—Perdona ¿me devuelves mi cuaderno? —dijo en voz muy baja al tiempo que se ponía más roja que el profesor Bartolo al que mataban de una puñalada en uno de los relatos del cuaderno.

–Sí, claro –contesté yo un poco violento por la situación y sin saber qué decir.

–Oye, ¿cómo te llamas?

–Silvia, dijo la chica todavía más roja.

–Muy bien Silvia, yo soy Carlos.

Al ver que un silencio incómodo se apoderaba de nosotros añadí:

–Que sepas que los he leído todos y...

Nada más abrir la boca me arrepentí de haber hablado, pues mientras me disponía a elogiar a la muchacha, su cara pasaba del rojo al blanco, como el fantasma Odasap de un breve relato de terror del cuaderno, y antes de darme cuenta, la autora de esos relatos ya estaba corriendo en dirección a la salida.

Una vez llegué a mi casa pensé que ya había cumplido mi objetivo de devolverle el cuaderno a la chica y que no iba a pensar más en esas historias, pero los días siguientes a aquella tarde fueron muy raros, sobre todo el fin de semana. Daba igual que me fuera con mis amigos de copas o que jugara algún que otro partido de rugby, no era capaz de quitarme esos relatos de la cabeza. Así que el domingo tomé la decisión de buscar a esa chica al día siguiente para poder hablar con ella aunque no supiera qué quería hablar con ella realmente.

Silvia

Recuerdo que el mundo se me cayó encima cuando me di cuenta de que mi cuaderno no estaba

en la mochila. Estaba en casa cuando tuve una idea de la que podía sacar un relato corto y fui a coger el cuaderno de mi mochila. Cuando vi que no estaba, noté como el corazón se me encogía en el pecho y comencé a buscarlo por toda la casa. Desde el amplio salón recorriendo el pasillo donde se sitúan el baño y la cocina hasta el final donde están las habitaciones de mis compañeras de piso y la mía, por mucho que mirara debajo de los sillones, el sofá y las camas, por mucho que removiera mi cuarto mirando por las camisetas tiradas por medio, no era capaz de encontrar el cuaderno.

Al no encontrar el cuaderno me puse histérica y comencé a llamar a mis compañeros de piso y a mis amigos para saber si alguien lo había visto, y como es obvio todas las respuestas fueron negativas.

Tuve que hacer un esfuerzo por tranquilizarme y recordar cuándo lo vi por última vez, y fue entonces que caí cuándo lo había visto por última vez. Esa mañana había tenido dos horas libres entre Historia de la Filosofía y mi práctica de Paleografía por lo que había matado el tiempo escribiendo la extraña historia de cómo una mosca y un mosquito tenían un romance un día en la biblioteca... De pronto me vino, ¡la biblioteca! Ya sabía dónde estaba el cuaderno, así que me puse las zapatillas lo más rápido que pude y me fui para la facultad casi corriendo, como si ese cuaderno fuese lo único que existiese en la tierra.

Cuando llegué a la facultad estaba sudando, despeinada y con la cara roja a causa del frío y del cansancio, crucé la puerta de la facultad y me dirigí a la sección de «Literatura Hispano-Americana», donde debería estar mi cuaderno, sin darme cuenta de lo que iba a pasar a continuación.

No me lo podía creer, ¡una persona estaba leyendo mi cuaderno! No sabía qué hacer, era indignante. Estaba paralizada mirando desde los huecos de las estanterías cómo ese joven ancho de hombros, pelo negro y piel pálida leía absorto mis historias. Cuando pude reaccionar salí de la estantería y me puse frente al chico que ya solamente miraba embobado la última página.

No era capaz de pronunciar ni la más mínima palabra, así que en vez de hablar, tosí para llamar su atención.

—Uhm, Uhm.

Él levantó la cabeza, y de pronto me sentí muy incómoda al verme estudiada por sus ojos marrones antes de que estos se clavaran en los míos. Le eché valor al asunto y reclamé lo que era mío.

—Perdona ¿me devuelves mi cuaderno? —pregunté, notando cómo se me subían los colores a la cara y sintiendo una vergüenza total.

—Sí, claro —tuvo la desfachatez de responder al tiempo que se levantaba y me daba el cuaderno.

—Oye, ¿cómo te llamas?

—Silvia —contesté aún más avergonzada. ¿Y a él qué le importa cómo me llamo?

–Muy bien Silvia, yo me llamo Carlos.

Y tras un pequeño silencio añadió:

–Que sepas que los he leído todos y...

¡Oh no! ¡los ha leído todos!, creía que en ese momento me daba algo, no podía estar ni un segundo más en ese lugar así que me fui lo más deprisa que podía rezando porque no me alcanzara y con el cuaderno bien sujeto.

A fecha de hoy no recuerdo otra situación en la que me haya sentido tan avergonzada. La angustia que había sentido por perder el trabajo de toda una vida era una minucia comparada con la perspectiva de que alguien hubiera estado leyendo mis historias. Era como si un perfecto desconocido hubiera leído mi propia alma.

Me sentía violada y vulnerable. Sólo pensar que alguien hubiera podido leer la tarde que Gloria pasó junto a Julio en una playa perdida me producía náuseas. Durante ese fin de semana tuve una taquicardia muy severa hasta el punto de tener que ir al hospital para que me recetasen algo.

Durante todo el fin de semana no pude evitar ver la imagen de aquel joven que sin ningún sentido del pudor había leído mis historias. Me di cuenta de que me sonaba haberle visto en clase y se me revolviéron las tripas al pensar en la posibilidad de verle a él y a sus ridículos hombros que le hacían parecerse a un cuadrado del Tetris.

Para intentar calmarme, el domingo me puse a escribir sobre un partido de *quidditch* de un *fan*

fiction de *Harry Potter*. Poco a poco noté cómo la historia fluía ante mis ojos haciendo que escribiera palabras y frases que en un principio no esperaba poner en el papel, y de la misma forma que un lector se pierde en una historia creada por otro, yo me perdí en una historia creada por mí.

Por la noche llegué a la conclusión de que no pasaba nada. Qué más daba que otra persona hubiera leído mis historias. Era muy probable que, a ojos de él, esos relatos no tuvieran valor alguno y probablemente ya se habría olvidado de ellos.

Carlos

El lunes llegó con un viento helado y con nubes que amenazaban lluvia. Yo llegué a la facultad arrecido por el frío y luchando por no dormirme cuando para mi fortuna vi a la chica del cuaderno verde. Estaba a punto de sentarse en una de las sillas de la segunda fila justo frente al profesor. En ese momento se estaba quitando un abrigo azul oscuro y unas orejeras mal conjuntadas.

Yo me quedé clavado en el sitio mientras veía como se sentaba y preparaba todo lo necesario para la clase, y tras un tiempo sin saber qué hacer, tomé la decisión de hablar con ella. Mis pasos no eran muy decididos, pero avancé, sin tener la más mínima idea de qué iba a decir y con el corazón palpítandome como si estuviera en un partido de rugby, hacia ella.

Nadie sabe qué pudo haber pasado si hubiera conseguido llegar a donde estaba la chica, pues no había dado ni seis pasos cuando mis amigos Joaquín y Damián aparecieron en ese momento para arruinarme los planes comentándome algo acerca de tomarnos unas tapas para comer.

Si, para mí, normalmente los lunes son soporíferos, ese día se me hizo interminable. Me parecía que los profesores no paraban hasta asegurarse de que habían exprimido hasta el último segundo de sus aburridas clases. Como cualquiera se podría imaginar, no pude acercarme a la chica en ningún momento, pues ni siquiera en los descansos entre clase y clase podía acercarme porque Damián y Joaquín me metían en su eterno debate entre el Mercado Provenzal y los 100 Montaditos con la esperanza de que yo me declinara por uno u otro.

Me sentía frustrado y con la mañana perdida. Mi sentido común, tan optimista como siempre, me decía que dejara pasar todo esto y que no intentase volver a verla hoy porque no tenía ni idea de donde podría estar por la tarde. De mala gana tuve que admitir que no sabía dónde podría encontrarla, así que tuve que darle la razón a mi psique y desistir hasta el día siguiente.

Durante la comida intenté animarme con unas tapas y unas cuantas cervezas en compañía de mis dos compinches, pero la imagen de esa chica y las palabras de sus relatos me acosaban en cada momento. No cabía duda, estaba perdiendo la cabeza

por una chica a la que solo conocía a través de unas hojas escritas.

Cuando me despedí de mis camaradas, preferí deambular un rato antes de irme a mi casa, y caminé sin rumbo por el casco antiguo sin darme cuenta de que mis pasos me llevaban de vuelta a la facultad.

De repente mi corazón empezó a latir con fuerza. ¡Ya sabía dónde podía estar! Era tan obvio, no sé cómo no me había dado cuenta hasta ese momento de que posiblemente estuviera en el lugar donde la vi la última vez, en la biblioteca de Humanidades.

Silvia

Desde que tengo memoria siempre he pensado que Cádiz tiene un defecto que supera a todos los demás, y ese defecto es el viento.

Recuerdo cómo ese lunes me puse mi abrigo azul con forro de piel por dentro y mis orejeras para evitar que se me congelaran las orejas por el camino. Una vez vestida con mi uniforme oficial de invierno, me encaminé para disfrutar en la facultad de otro día apasionante de clase.

Había empezado el día de muy buen humor, aunque este desapareció en gran medida cuando llegué a clase. Había puesto mis cosas donde siempre y estaba quitándome el abrigo cuando me sentí observada, entonces me di cuenta de que él, el chico que había hurgado en mi cuaderno, no me quitaba ojo de encima.

En ese momento recordé que era muy probable que él hubiera leído algunas historias eróticas que yo había confiado al cuaderno verde y me ruboricé. Mi corazón se paró de golpe cuando vi que avanzaba en dirección hacia mí, y suspiré de alivio cuando cambió de rumbo y empezó a hablar con otras personas.

Para más tranquilidad, el profesor llegó justo en ese momento y todos los que estaban de pie volvieron a ocupar sus asientos.

El hecho de que me gustasen todas las clases de mi curso, incluidas aquellas que eran aborrecidas por la gran mayoría, junto con el hecho de no importarme nada la dieta, ni el maquillaje, ni la moda, era una de las razones por las que la gente me tachaba de rara. A mí me daba igual, yo me ponía frente a los profesores que tocaran ese día y me disponía a escuchar con la cabeza y el bolígrafo para absorber todos los conocimientos que pudieran aportarme.

El día fue bastante duro, y al finalizar la última clase ya tenía un taco de folios muy considerable. Pero estaba satisfecha conmigo misma y apenas recordaba el momento de susto de esa mañana, ya que seguramente no se dirigía hacia mí, sino hacia cualquier otra persona.

Una vez terminaron las clases, yo me fui para la casa que compartía con dos amigas francesas Jacques y Gabrielle. Cuando llegué me encontré en medio de una fiesta con un montón de gente que no

conocía, así que cogí un enorme plato de pasta que ellas me habían preparado en compensación por la fiesta y comí en mi cuarto.

Debido a la desagradable sorpresa de tener la casa ocupada, me fui al que siempre había sido mi refugio en estas ocasiones, la biblioteca.

Una vez allí, pensé en ponerme en la sección de «Literatura Hispano-Americana» pero debido a lo ocurrido la semana pasada, pensé que era mejor sentarme en la zona de «Literatura Latina». Con esta idea deposité mis cosas en una de las mesas de allí y comencé a estudiar.

A la media hora de empezar, me di cuenta de que era un esfuerzo inútil, y que una cantidad de pasta como la que me había metido entre pecho y espalda se tenía que reposar un poco. Con esta idea en la cabeza, saqué una hoja en blanco y comencé a escribir.

Ya eran las cinco y cuarto y las hojas de otoño caían mientras me encaminaba a la estación de Atocha para coger un tren cuando...

—¿Ya no escribes en cuadernos?

Noté cómo la cara se me ponía pálida y la boca se me quedaba seca. Estaba completamente en estado de *shock*, y apenas era capaz de articular palabra.

—Primero escribo en una hoja, luego lo paso a limpio en el cuaderno.

—¿Puedo ver qué estas escribiendo ahora? —preguntó el joven extendiendo la mano hacia el papel.

Instintivamente cogí el papel y lo abracé contra mi pecho. En ese momento me estaba recuperando de la primera impresión, y la rabia se apoderaba de mí. Una cosa es que me lean el cuaderno cuando lo he perdido, pero que me intenten arrancar un relato de mis propias manos ya es demasiado.

—Es privado —dije con toda la frialdad y el desprecio que pude reunir—. Algo que parece que tú no entiendes muy bien.

Estaba muy enfadada y mi cara tuvo que reflejarlo, pues el chico retrocedió. Me parecía estúpido mirando a los alrededores sin saber qué hacer.

—¿Me puedo sentar? —preguntó con voz ligera señalando la silla que estaba frente a mí.

—Las sillas de la biblioteca son de todos, así que lamentablemente cualquiera se puede sentar en cualquier sitio que no esté ocupado.

En esta respuesta utilicé un tono muy desagradable, y bastante famoso en mi ámbito familiar, que da a entender a la persona que sea que no es bienvenida. Aún así, ese cazurro me miró extrañado un momento y tuvo la desfachatez de sentarse a mi lado.

—Vale, es evidente que estás cabreada conmigo.

—¡Qué observador! —dije con cierto sarcasmo.

—¿Puedo saber el motivo por el que estás tan enfadada conmigo?

Ante esta pregunta yo me quedé a cuadros. ¿Cómo? ¿Que no sabes por qué? No podía creer

que hubiera alguien tan idiota como para no entender esto.

—¿De verdad ni te imaginas por qué estoy enfadada?

El joven me miró con cara dubitativa y negó con la cabeza.

—¿No crees que a lo mejor tenga que ver con el hecho de que hayas estado figgoneando en mis cosas?

—¿Fisgonear?

—Hurgar, cotillear. ¿Alguno de estos términos te suena más, paleta?

—¿Cotillear yo? —alzó la voz el joven, claramente enfadado.

—Si no recuerdo mal yo sólo encontré un cuaderno tirado en el suelo.

—Ya, y leíste su contenido —contesté yo aún más indignada.

—Ese cuaderno era muy personal para mí.

—¿Y cómo iba a saberlo? —preguntó como si intentase resaltar algo obvio.

—Si tan importante era no debiste perderlo de vista.

Ante este alegato me quedé sin habla. ¿Cómo se atrevía ese niñato a juzgarme por un simple descuido? ¿Acaso él no había olvidado nada en su vida?

—Muy bien, no voy a malgastar saliva discutiendo con un macaco que solo ve en ese cuaderno un montón de hojas escritas con absurdas historias.

Creo que nunca en toda mi vida he vuelto a equivocarme tanto a la hora de juzgar a otro alguien, y no negaré que todavía me arrepiento de haber pronunciado esas palabras.

Carlos

En mi vida he pasado por una gran cantidad de situaciones violentas, pero esa discusión en la sala de «Literatura Latina» todavía sigue siendo en mi memoria una de las peores.

Cuando dijo que para mí ese cuaderno verde no significaba nada, sentí como si me apuñalaran. ¿Cómo podía decir esas cosas?

—¿Eso piensas? —contesté tras un silencio incómodo—. ¿Piensas que para mí ese cuaderno no significa nada?

Silvia me miró aparentemente sorprendida por mi pregunta y asintió con la cabeza.

—Pues te equivocas, tía —dije sabiendo por una vez lo que quería decir—. Te equivocas porque llevo pensando en esas historias desde que las leí y a pesar de todo lo que he intentado, no he sido capaz de quitármelas de la cabeza.

—¿Pero por qué? —balbuceó la chica.

—Porque me parecieron maravillosas —dije descubriéndome a mí mismo lo que me pasaba con ese cuaderno.

—Era lo que te quería decir cuando te fuiste, y lo que había venido a decirte.

Las palabras que había dicho parecían retumbar en el silencio de la sala. Era de agradecer que fuera la última semana antes de navidad y que la biblioteca estuviera casi vacía.

—De hecho —dije con una sonrisa mientras me ponía de pie—, había pensado en preguntarte por cuánto me venderías ese cuaderno, pero soy un macaco lo suficientemente listo para saber que no está en venta.

En ese momento no sabía cómo sentirme. Por un lado me sentía aliviado por comprender lo que me pasaba, pero por otro lado la idea de separarme de esas historias para siempre me angustiaba.

—Espera —dijo Silvia cuando iba a desaparecer entre las estanterías de libros en latín.

—¿De verdad han sido tan importantes esas historias?

Yo asentí mientras me volvía para percibir el debate que se desarrollaba en su interior.

—Mi abuelo era escritor de cuentos infantiles, y solía decirme una cosa —cerró los ojos y recitó—: «Todo escritor que se precie debe transmitir la enfermedad de la lectura en sus historias».

Esa chica se puso de pie y avanzó hasta ponerse justo delante de mí, y con cierta duda me dio un abrazo. Yo no me lo esperaba para nada y cuando se separó tenía los ojos húmedos.

—Gracias por hacer que cumpla mi labor —dijo con voz cargada de emoción—. Si quieres, en esta

biblioteca yo te mostraré libros que son capaces de guardarse en la memoria y grabarse en el alma.

Así fue como mi vida cambió radicalmente. Silvia y yo comenzamos a vernos frecuentemente y no tardamos en hacernos amigos.

Cuando no tenía que jugar al rugby, lidiar con los estudios o pasar el tiempo con mis amigos, estaba en la biblioteca. No había un día en que no me perdiera un rato dentro de las palabras de los libros que Silvia me ponía por delante.

El segundo cuatrimestre en la universidad me lo pasé leyendo en la sala de «Literatura Hispano-Americana» junto a Silvia, que escribía mientras yo leía. De cuando en cuando ella me pasaba un relato y yo le daba mi opinión al respecto y volvíamos a lo nuestro.

Recuerdo que durante todo ese tiempo me pregunté si estaba enamorado de Silvia. Pero lo cierto es que a pesar de que me parecía una chica fantástica, no sentía nada hacia ella y nunca le pedí salir.

Para mí Silvia siempre fue la chica del cuaderno verde que conocí en la biblioteca de Humanidades y que me abrió un mundo completamente nuevo con sus historias.



*Este libro se comenzó a imprimir el 30 de julio
de 2015, día que las Naciones Unidas
declaró como Día Internacional de
la Amistad, y que como valor
humano que crea bellos
vínculos de entendimiento
y respeto sinceros e
incondicionales queda
patente en muchos
de los relatos
de este
libro*

